ECOS
DE
GLORIA
EL
VERGEL

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

ECOS DE GLORIA.

FL DRPS FA/0551

ECOS DE GLORIA.

LEYENDAS HISTÓRICAS

POR LA

SRA. D.ª FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL,
calle del Pez, núm. 6, principal.

1863.

CUATRO PALABRAS DE LA AUTORA.

Hace mas de cuatro años que concebí el pensamiento de escribir una obra que llevase por título *Ecos de Gloria, ó los Alfonsos de Castilla y de Leon*, consistiendo en una leyenda de cada uno de los ilustres Reyes que tanto han enaltecido la monarquía española, haciéndolas muy variadas para que la obra resultase amena y agradable, semejantes á las tres que presento reunidas en este pequeño volúmen. En efecto; emprendí este trabajo, bien arduo en verdad, porque desde luego quise atenerme estrictamente á la historia, teniendo que consultar infinidad de volúmenes á fin de presentar los datos mas verídicos y admitidos por nuestros historiadores, adornándolos con las galas de la poesía.

Siguiendo esta idea, hice las que hoy ofrezco al público, dejándolo despues para atender á la novela, que me ofrecia resultados mas positivos. Desde entonces acá, engolfada en la

prosa, no he vuelto á pensar en esta obra hasta ahora que, hallándome en el compromiso de regalar á mis suscritores de *La Violeta* un libro inédito, les presento este fragmento que no habia pensado en dar á luz hasta tener concluidas las once leyendas.

Ignoro si algun dia llegaré á completar mi pensamiento; para ello necesito un estímulo muy fuerte, porque el trabajo es penoso, y no me encuentro con el suficiente ánimo para continuarle, teniendo en este caso que desatender la novela y el periodismo que me ocupan constantemente, proporcionándome momentos de verdadera satisfaccion.

ECOS DE GLORIA.

LEYENDA PRIMERA.

ALFONSO EL CATOLICO (1).

INTRODUCCION.

Está la noche serena;
su pálida luz dudosa
en el confin asturiano
estiéndese melancólica.
Blanca la luna cernia
su bella faz en la bóveda
del azulado elemento
entre fugitivas sombras,
Que fórmanse solitarias
en las escarpadas lomas,
donde tímida refleja
su pura luz amorosa.
Risueños y hermosos valles
cubiertos de verde alfombra
distínguense, y á lo lejos
del mar las peladas rocas.
Mas allá pardas ruïnas
de mil fortalezas godas

cayendo á impulso violento
del cierzo que las destroza.
Y mírase lentamente
que un castillo se desploma,
pues sus señores huyeron
cual bandadas de palomas.
Allá los muros sombríos
de una ciudad española,
que el manto de las tinieblas
sombriamente la entolda.
Mas no importa, lector, llega
que aun puede tu vista torva
penetrar en los lugares
que holló la morisma odiosa.
Penetra, y mira su alcázar
que invade chusma traidora,
en tanto que nuestros Reyes
refúgianse en Covadonga.
Profánanse los altares,
los templos se desmoronan,
cambiando la fe de Cristo
por la secta de Mahoma;
Profeta que los infieles
con torpe creencia adoran,
y arrojan la sacra imágen
de la Vírgen amorosa.
Y al espulsarla del templo
con estupidez sardónica,
es convertida en mezquita
la Santa Iglesia católica.
Tiembla de pavor el alma

recordando de la historia
aquellas páginas negras
que con su manto la entoldan.
Y el pensamiento atrevido
alas indignado toma,
retrocediendo diez siglos
allá en Asturias se posa.
Venid á mí los que ufanos
tengais la sangre española;
venid, del primer Alfonso
restauremos la memoria.
Sigámosle en sus batallas,
en sus hazañas heróicas,
y presentemos al mundo
su ejemplo con luz gloriosa.
Y tú, Vírgen sin mancilla,
Reina del cielo y Señora,
préstale á la lira mia
grata vibracion armónica.
Quiero cantar, y mi alma
hoy á tu planta se postra,
pidiéndote inspiraciones
para mis Ecos de gloria.

SELIMA.

I.

Allá en Galicia ostentábase
en una ciudad hermosa,

la Media Luna orgullosa,
enseña del musulman.
Los fieles acongojados
huyen á escondidos valles,
y en Lugo, plazas y calles,
domina el caudillo Osman.
Entrégase al blando sueño
la morisma descuidada,
en tanto que enamorada
vuela en alas del amor
La encantadora Selima,
que en su alcázar retirada
aguarda seña ó palmada
en oculto mirador.
Es noche de primavera,
templada y de aromas llena,
dulce, apacible y serena,
con su firmamento azul;
Cuajada de rutilantes
estrellas que orlan su manto,
y con chispas de amaranto
bordan su diáfano tul;
Con el rumor de la brisa,
ténue galopar lejano
de un alazan jerezano
Selima atenta escuchó.
Ya de la ciudad los muros
el ginete atravesando,
hasta el alcázar llegando,
con soltura desmontó.
Tira la rienda á un esclavo,

y un retirado postigo,
de sus amores testigo,
hizo á su empuje ceder.
Penetra en larga alameda,
sube á una estancia moruna,
cuando el fanal de la luna
comienza fúlgido á arder.
—Bien mio, dijo llegando
á su adorada Selima;
deja que mi labio imprima
en tu mano celestial.
Deja que beba en tus ojos
la luz que mis pasos guia,
tú el astro de mi alegría,
el consuelo de mi mal.
¿Mas no respondes? altiva
por de mas y desdeñosa
te encuentro, mi dulce hermosa:
mudos tus labios están.
Acaso en mi larga ausencia
de mí te habrás olvidado;
por Alá que enamorado
cual siempre vuelve tu Osman.
—No merece de Selima
el amor ningun vencido,
si derrotado y perdido
dejó en la lid su pendon.
—¡Selima!
—Tu voz severa
no acobarda el alma mia,
nunca con mengua daria

á un esclavo el corazon.
—Ved que soy libre...
—¿Y qué importa
si derrotado volvísteis,
y allá en el campo perdísteis
con las huestes el honor?
—No culpes, Selima mia,
mi brio ni mi pujanza,
que rota quedó mi lanza
en el bravo vencedor.
—¿Y quién es ese caudillo
de arrogancia tan ufana?
—De la nacion asturiana
el mas noble paladin.
Alfonso tiene por nombre,
Rey su ejército le llama,
y su bravura se inflama
á los ecos del clarin.
Nada á su empuje resiste
á su bizarra hidalguía,
solo su valor podria
tan alta hazaña alcanzar.
Rompió mi lanza en pedazos,
y por el aire esparcida,
con ella fuera mi vida,
mas no me quiso matar.
—¿Y huiste?
—Con ligereza;
gracias á mi potro overo,
á Lugo llegué el primero,
mi ejército á reponer.

—¿Y el honor? Es una prenda
que perdida no se cobra.
—Mi plan poniendo por obra
prometo á Alfonso vencer.
—¿Confias?
—Tengo esperanza
de derrotar al cristiano;
mi corazon africano
humillará su altivez.
—Pues á la lid; de un esclavo
nunca serán mis amores;
si ellos son los vencedores,
no vuelvas aqui otra vez.
—Ya en mi ciudad nada temo;
sabré en ella hacerme fuerte:
si ayer fue esquiva la suerte,
hoy halagará mi sien.
Adios, mi dulce Selima,
vencedor seré mañana,
y tú serás la Sultana,
tú la Reina de mi harem.

II.

El alba en el Oriente aparecia,
coronada de bellos resplandores,
y era de mayo delicioso un dia
impregnado de aromas y colores.
Un cielo azul, magnífico lucia

de la hermosa mañana á los albores,
cuando el pendon de Asturias venerado,
por la hueste leal es adorado.

—

Cerca de Lugo en la campiña bella
el Católico Rey se preparaba
nueva lid á emprender : su buena estrella
mil triunfos y conquistas le auguraba.
Viva la luz de su piedad destella,
que en portátil altar se celebraba
el santo sacrificio, y los guerreros
inclinaban humildes los aceros.

—

Alta y serena la mirada ardiente
de apacible semblante bondadoso,
el Católico Rey alza la frente
apartándose el yelmo presuroso.
Al cielo eleva su oracion ferviente,
y en el acto sublime y religioso
inclina la cabeza coronada
recibiendo la Hostia consagrada.

—

¡Oh qué escena tan bella, tan sublime,
ver los nobles astures rodeando
el sagrado pendon que hollado gime

por el impuro y agareno bando!
La santa fe que su fervor imprime,
indómito valor les va inspirando,
y ante el altar postrada la rodilla
juran lavar su afrenta y su mancilla.

—

La bendicion reciben, y al momento
al combate se apresta valerosa
la reducida hueste, en movimiento
poniéndose entusiasta y presurosa.
Ya en Lugo les aguarda Osman, sediento
de vengar su derrota vergonzosa,
y armando sus caudillos africanos,
se promete vencer á los cristianos.

—

Á su hermosa Selima le asegura
con promesas de amor feliz victoria,
y en insensato vértigo la jura
volver cubierto de triunfante gloria.
Él funda su esperanza de ventura
en quimera fantástica ilusoria,
y en su rencor ardiente y furibundo
pretende osado conquistar el mundo.

—

Sueña con altos triunfos denodados ;

y en locos y falaces desvaríos,
llégase á imaginar que avasallados
serán por fin los asturianos bríos;
Que aquel puñado de héroes esforzados
embotarán sus ánimos bravíos,
y de la España toda en las almenas
dominarán las armas sarracenas.

—

Sueño falaz, de estraviada mente
proyectos de quimérica fortuna;
nunca en Asturias se elevó potente
ni triunfará la odiosa Media Luna.
Si traidora invasion la alzó inclemente
conquistando ciudades una á una,
al destruir la goda monarquía,
otra mas grande y fuerte se alzaria.

—

De sus mismas ruïnas elevada,
escasa y de terreno reducida,
en un palmo de tierra levantada,
por un puñado de héroes sostenida,
Alzose la que un dia celebrada,
por su inmenso valor engrandecida,
arrojaria la invasora gente
y plantara la Cruz eternamente.

—

Del adalid cristiano la pujanza
no se amengua al mirarse empobrecido,
y en su naciente solio se afianza,
que el amor de su pueblo ha sostenido.
Como guerrero intrépido se lanza
á engrandecer su reino perseguido,
y en su entusiasta fe grita con brío:
"¡Sus! mi ejército fiel, que Lugo es mio."

III.

Al belicoso grito del monarca
los bravos montañeses se enajenan,
prorumpiendo en vivísimo alborozo
al descubrir de Lugo las almenas.
"¡Héla ya la ciudad! claman con brío:
su gran campiña, su espaciosa vega,
serán nuestros salones y palacios
en tanto humilde el musulman la entrega.
Pero no tardará; caiga el impío,
que tras su muro impávido se encierra;
caiga la Media Luna y en sus torres
se alce la Cruz de salvacion eterna.
—¡Asturianos, valor! el Rey les dice;
hoy vamos á probar la gentileza
de los nobles y fieles paladines

al defender su altiva independencia.
Esa ciudad de sombreadas torres
y de campiña tan feraz y estensa,
que mustia y abatida gime aislada,
un dia fue grandiosa y opulenta.
Pero sonó de la venganza el grito,
y al fuerte impulso de traicion artera,
cayeron de su solio los monarcas
y perdió nuestra España su grandeza.
Invasora nacion, bárbara, injusta,
estendió con desdoro su bandera,
hollando nuestra frente enrojecida
de trémulo coraje y de vergüenza.
Para siempre la goda monarquía
hundió en el polvo su arrogancia escelsa,
pero otra se levanta poderosa
que vengue de su patria las afrentas.
En Covadonga se elevó triunfante
del gran Pelayo en la valiente diestra
nuevo pendon que restauró atrevido
de su nacion la dinastía régia.
Pobre es el cetro que mi mano empuña,
escasas de mi reino las ofrendas,
pero valor me sobra, y mis vasallos
leones son de indómita fiereza.
Con ellos venceré: la fe cristiana
hoy en mi pecho con vigor alienta;
del sumo Dios la proteccion invoco,
y su divina Cruz será mi enseña.
¡Sus, valientes, á mí! caiga el intruso;
al infiel musulman liza sangrienta;

venguemos la opresion de nuestros lares,
de nuestros pueblos la espantosa mengua."

—

El Católico Rey, entusiasmado,
audaz prosigue su gigante empresa;
cercando la ciudad, paciente aguarda
á que el infiel sus escuadrones mueva.
Digna es de ejemplo en los futuros siglos
del augusto monarca la paciencia,
su gran piedad magnánima y sublime
y su valor y religion austera.
Miradle: sus alcázares reáles
los campos son de su asturiana tierra,
su lecho es una piel en duro suelo,
sus pabellones la azulada esfera.
Y siempre grande, generoso y fuerte,
lleno de fe su corazon se eleva,
ni á la fatiga, privaciones ni hambre,
su espíritu altanero se doblega.
¿Y qué es de Osman en tanto? Penetremos
en la ciudad sitiada y turbulenta
donde se agita un pueblo enfurecido
pidiendo pan en algazara estrema.
Ved á Selima, la graciosa mora,
en el alcázar agitar la diestra,
y denostar al tímido caudillo
que ante su planta su sentencia espera.
"¡Álzate! dice, por Alá, que el cielo
no te dotó de valentía inmensa,

y gimes á mis pies cual mujerzuela
que á sus temores con pavor se entrega.
Alza y tremola tu pendon osado,
vencedor en mil lides mas soberbias;
reune tus caudillos, y que al punto
retiren los cristianos sus banderas.
Y vuelve por tu honor como valiente;
sal de nuestra ciudad á la defensa,
que á tu custodia la dejó mi padre,
fiado en tu valor y tu destreza.
Tuyo será mi amor si victorioso
vencieres al cristiano en la pelea,
y atado ese monarca cual esclavo
con sus guerreros en mi hogar presentas.
Pero si vuelves trémulo y vencido,
sentirás de tu patria el anatema,
y con su grito te dirá mi labio:
eres cobarde, Osman; maldito seas.»
No escuchó mas el agareno; al punto
sus escuadrones en la plaza ordena,
al frente se coloca, y atrevido
pónese en marcha y al cristiano llega.
El gran Alfonso le aguardó con brío,
preparada su hueste á la pendencia;
vinieron á las manos iracundos,
y encendiose el ardor de la refriega.
El sol velado entre celajes rojos
llegaba á la mitad de su carrera,
cuando ambos combatientes á porfía
redoblaban los golpes de su diestra.
La llanura se cubre de trofeos,

de miembros y cadáveres se llena,
la sangre generosa se derrama,
sin decidirse la fatal contienda.
Ambos á dos bizarros paladines
infunden el valor con su presencia:
el coraje y la indómita bravura
del cristiano es igual á su altiveza.
Él se halla en el lugar de mas peligro,
y de sus tropas el fervor alienta
con su constancia y atrevido empeño,
sus rudos golpes y su faz serena.
Á millares los moros van cayendo;
otros cobardes de la lid se alejan;
ya la victoria por el gran Alfonso
decide la divina Providencia (2).

IV.

Sus tesoros de luz y de armonía
el cielo azul purísimo derrama;
se escucha por doquier bélico ruido,
y la ciudad de Lugo se engalana.
Con emocion dulcísima escucharon
los cristianos la voz de las campanas,
que al saludar al vencedor augusto
sus lenguas de metal se desbordaban.
Los esclavos que gimen en mazmorras
salen en libertad con algazara,
abrazando á los bravos campeones

que libertad y vida les salvaran.
Todo es animacion, todo bullicio,
y plácemes al Rey, que no *escuchaba*
mas voz que su piedad y su conciencia,
que órdenes semejantes le *inspirara*.
"Al punto la mezquita se consagre;
y en nuestra santa iglesia restaurada,
colóquense mis estandartes regios,
cual ofrenda á la Vírgen sacrosanta.
Restablézcase el culto, y Odoario (3)
su palabra evangélica y cristiana
estienda por los ámbitos del templo,
con elocuencia mística y sagrada.
Ensálcese á María, Vírgen pura,
cuya divina proteccion nos salva,
rindiéndola oraciones y trofeos
en cánticos de amor y de alabanza.
En este dia de perpetuo gozo,
do la victoria coronó mi causa,
piedad debemos al linage humano:
que nadie sufra vejacion infausta.
Esos infieles que vencidos gimen,
sectarios de una causa tan nefanda,
puedan marchar con libertad completa,
ó quedarse en su hogar al que le plazca."
Despues de dar sus soberanas órdenes,
el Católico Rey se retiraba,
cuando una mora de sin par belleza,
en continente altivo se adelanta.
Velado el rostro con cendal tupido
que sus encantos misterioso guarda,

el pecho palpitando de osadía
y sus hermosas formas de arrogancia,
Le dice al Rey con voz encantadora,
mas que las auras melodiosa y grata:
"Escúchame ¡oh paladin bizarro!
dispensador de bienes y de gracias.
¿Qué me darás á mí, cuando he perdido
la ciudad que mi padre me entregara
al partir para el África, seguro
de mi valor heróico y mi constancia?
¿Qué me darás ¡oh Rey! que en este alcázar
era mi voluntad la soberana?
mi voz se obedecia, y mil esclavos
perfumes á mi planta derramaban.
—Te doy la libertad, la dice Alfonso.
—No hay libertad para quien vive esclava,
la mora le replica; y solo anhelo
para los mios tu cumplida gracia.
—Mi palabra te doy de que sus vidas
serán como la tuya respetadas.
—Grande cual tu valor, Rey asturiano,
es la nobleza egregia de tu alma;
gracias por ese don; mi pecho ardiente
depone humilde su ominosa saña;
de tu valor y tu grandeza lleno,
mi corazon altivo se arrebata;
hoy te rindo homenage, y algun dia
sabrá pagar tu ofrenda una africana."

V.

Triste, abatida la nacion hispana,
dobló su altiva frente,
hundiendo su grandeza soberana
en la playa africana,
hasta elevarla un dia floreciente.

—

¡Oh! ved cuál dominaron con fortuna
los moros en Toledo,
y fueron á plantar su Media Luna
en la Emérita fiel, cuando ninguna
igualó su denuedo.

—

La península ibérica se humilla
á su yugo ominoso;
solo un pais no dobla la rodilla,
y ostenta sin mancilla
de Constantino el lábaro glorioso.

—

Ese pueblo es Asturias: ¡cuán fecundo
el gérmen de virtud brota en su seno,

y de coraje lleno
á dominar con su poder el mundo
se alza grande y sereno!

—

¡Miradle! al pie de la riscosa sierra
crea una monarquía,
que pobre y sin recursos solo encierra
treinta leguas de tierra
y un mundo de valor y de hidalguía.

—

Sin armas, ni riquezas, ni soldados,
se lanzan á campaña
los bravos montañeses esforzados,
y en breve derrotados
son los usurpadores de la España.

—

Su indómito valor, su fe sincera,
su arrojo temerario
admira siempre la nacion ibera,
que miró su bandera
tremolar en el campo del contrario.

—

Al frente de sus huestes valerosas

el inmortal guerrero,
el Católico Alfonso, alzó gloriosa
su enseña generosa,
que espanto pone al musulman artero.

—

Ya ese pueblo que triste y abatido
en la abyeccion gemia,
se levanta entusiasta y aguerrido,
alzando enardecido
de uno al otro confin voz de alegría.

—

Su reciente reinado se engrandece
con la toma de Lugo,
y de su Rey el nombre se enaltece;
de su pueblo el amor rápido crece
bajo su blando yugo.

—

Sigamos ¡ay! la luminosa huella
de sus triunfos brillantes:
en Tuy, en Braga, Oporto, do destella
su victoriosa estrella,
y en otras ricas plazas importantes.

VI.

Tendia la luna sus pálidos rayos,
mostrando amorosa su cándida faz;
el campo cristiano se agita intranquilo,
que huyó de su pecho el sueño y la paz.
En ancha llanura, cercana á Ledesma,
y en lecho de pieles de rojo color,
se mira al guerrero, al Rey don Alfonso,
postrado al impulso de acerbo dolor.
Aquel que atrevido rindiera á sus plantas
cien pueblos que el moro robonos infiel,
el héroe glorioso, el noble asturiano,
honor de la España, su orgullo y su prez;
Aquel que elevara la Cruz sacrosanta,
y diera á su reino tan grande estension,
el Rey de los reyes, piadoso y guerrero,
que dió á su corona tan bello floron;
El padre del pueblo padece y delira,
y en fiebre se agita de muerte quizá;
en torno circulan sus fieles soldados,
cubierta de llanto la pálida faz.
Allí cabe el lecho se mira á Selima,
postrada de hinojos, con dulce fervor,
rogar por la vida del hombre querido
que inspira á su pecho fanático amor.
La hermosa Sultana, la mora arrogante,
de orgullo estremado, de altivo ademan,
amó al Rey Alfonso, por fuerte y por bravo,
y odió por cobarde al pérfido Osman.

Su amor es sublime, ardiente, profundo,
que turba su mente, su débil razon,
amor de africana, inmenso, estremado,
que llena entusiasta su gran corazon.

Por él de su padre perdió los halagos,
dejó de su alcázar el lujo y placer,
y en pos de su amante, vestida de paje,
se aleja y espone gustosa su ser.

Por una sonrisa, por una mirada,
por verle en la lucha gallardo y gentil,
daria Selima su gloria, su alma,
daria entusiasta mil vidas y mil.

Por eso abatida se entrega al quebranto,
herido contempla su amante reäl,
y al pie de su lecho se agita llorosa,
sintiendo su pecho delirio fatal.

Atenta le mira, espia su sueño,
y al ver que sus ojos comienza á entreabrir,
se acerca, y en ellos fijando los suyos,
la dulce esperanza miró sonreir.

Advierte en el pecho del noble guerrero
la imágen hermosa del Sumo Hacedor,
y ante ella promete hacerse cristiana,
en voto sublime de ardiente fervor.

VII.

¡Pobre Selima! rendida
á un amor que la devora,

deja su patria querida,
y da gustosa su vida
por el amante que llora.

—

Le ve pálido en su lecho,
y juzga verle morir;
se oprime su noble pecho
á impulso de hondo despecho,
y solo sabe gemir.

—

„¡Oh Vírgen de los cristianos!„
esclama con grave afan:
„al Rey de los asturianos
salva la vida, y mis manos
coronas te ofrecerán.

—

Yo contrita y humillada
inclinaré la rodilla,
te amaré, Vírgen sagrada,
y moriré resignada
al pie de tu regia silla.

—

Pero, sálvele ¡oh María!

sálvele mi ardiente amor;
él es la estrella que guia,
que da luz al alma mia
con su hermoso resplandor.

—

Por el de África las galas
de mi cabeza arranqué,
alcé atrevida mis alas,
opuse el pecho á las balas,
y hoy tocas me ceñiré.

—

Por él, Señora del mundo,
la pompa olvido y las flores,
y mi cariño profundo
es un manantial fecundo
de penas y de dolores.

—

Mas ¡ah! ¡qué importa! dichoso,
contemple yo al amor mio,
viva tranquilo y gozoso,
no de la muerte el reposo
apague su poderío.

—

Cual astro de su reinado,
cual sol que su pueblo mira,
viva del mundo admirado,
ya que su nombre adorado
respeto y amor inspira.

—

Yo cual estrella naciente
giro en torno de su luz,
eclipsada eternamente
por el brillo refulgente
de su piadosa virtud.

—

Virtud que admira mi alma,
de que es Alfonso modelo,
por la que pierdo la calma
cuando él se lleva la palma
que irá á ostentar en el cielo.

—

Indiferentes sus ojos,
no dan consuelo á mi mal,
y al acrecer mis enojos,
no ven en mis labios rojos
la brillantez del coral.

—

¡Ay! pobre flor desdeñada,
tu cáliz al mundo cierra,
y triste y enamorada
busca en el claustro morada,
y en él tu pasion encierra.

—

En un claustro, Vírgen pura,
iré de tu amor en pos,
rogando por su ventura;
bajo tu amparo, segura,
podré adorar á su Dios.

—

Mas hoy, que cobre su pecho
la animacion y la vida,
y abandonando ese lecho,
ámbito menos estrecho
de nuestra suerte decida.

—

En ese pais dichoso,
donde mi vista se clava,
en ese pueblo glorioso
do reina Alfonso el Piadoso,
será Selima su esclava.

—

Tributaré mis cuidados
á sus hijos y á su esposa,
y esconderé desolados
mis celos desesperados
tras de mi pasion hermosa.

—

Nunca de mal proceder
que mi conciencia me arguya;
noble y grande quiero ser,
y olvido mi padecer
con una mirada suya.

—

Esos seres arrogantes,
de corazon tan sereno,
nos dan ejemplos brillantes,
y en brevísimos instantes
al malo le tornan bueno.

—

Él es noble, altivo y fuerte,
de sublime corazon;
ofrezco á sus pies mi suerte,
¡oh! y aunque arrostre la muerte,
digna será mi pasion.

———

VIII.

¿Qué fue de Osman? preguntarán curiosos
con impaciente anhelo mis lectores:
dejando á los cristianos victoriosos,
os daré de su vida pormenores.

—

Despues de la batalla, ensangrentado,
mordiendo el polvo en iracunda saña,
del campo se alejó desesperado,
y en breve tiempo abandonó la España.

—

Supo por los esclavos que siguieron
tras su nefanda huella, cómo altiva
les dió Selima libertad y huyeron,
quedando del gran Rey ella cautiva.

—

Supo que enamorada de su porte,
de su heróico valor y bizarría,
orgullosa seguíale á su corte
con mengua de su raza y nombradía.

—

Tan tristes nuevas escuchó el caudillo,
y de enojo ceñuda su ancha frente,
torvas miradas de siniestro brillo
lanzó iracundas al jurar su muerte.

—

"¡Oh! yo me vengaré, dijo con ira;
mi corvo alfange se hundirá en su pecho;
si tras la planta del cristiano gira,
blanco serán los dos de mi despecho."

—

Á Damasco llegó; y en el momento
al padre de Selima se presenta:
"Vengo, le dice, de beber sediento
la sangre de tu hija que te afrenta.

—

Escucha ¡oh Muza! la veraz historia
de la ciudad de Lugo, confiada
á nuestra lealtad siempre notoria,
y en mal hora perdida y mancillada.

—

¡Oh, mancillada, sí! Tu hija alevosa
al monarca asturiano se la entrega;
ríndele la ciudad, y licenciosa

va tras su huella enamorada y ciega.»

—

—¿Y así, con esa calma, has arrójado
sobre mi rostro la afrentosa mengua?»
le grita Muza, pálido, indignado:
y en improperios desató su lengua.

—

Calmose un tanto de su enojo fiero:
»Vuelve otra vez, le dijo, vuelve á España,
disfrázate de monge ó bandolero,
y clava este puñal en su honda entraña.

—

Muera Selima y el cristiano impuro,
de ambos á dos el corazon te pido,
y por el gran Profeta, Osman, te juro
que pagará este ultraje el fementido.»

—

El puñal escondió sobre su seno
el desairado amante de la mora;
saluda á Muza, y de coraje lleno,
dijo: »¡me vengaré de la traidora!»

IX.

Algun tiempo despues, una mañana,
dulce, tranquila y de armonías llena,
cuando la aurora fúlgida derrama
sus tesoros de luz, ámbar y perlas,
Cuando mecido el céfiro en los valles
susurra con las aguas placenteras,
remedando el suspiro de los ángeles
ó el canto de las aves en la selva,
Alzábase un murmúreo allá en Asturias,
en un pueblo feliz de gloria eterna:
era en Cangas de Onís, la villa ilustre
que en ansia loca á su monarca espera.
Era la heróica corte de los Reyes
engalanada con su real diadema,
que ostentaba trofeos y pendones
que conquistó su Rey en liza abierta.
Era un pueblo de niños y de ancianos,
y de mujeres animosas, bellas,
que con palmas y lauros aguardaban
al gran restaurador de su opulencia.
Sobre la turba habia una matrona
ciñendo altiva la corona régia,
y á su lado tres ángeles hermosos
de dulce faz y blonda cabellera.
Es la Reina Ormesinda con sus hijos,
á quien el gozo de su pueblo alegra,
y el júbilo comparten celebrando
de cien batallas la victoria escelsa.

Un grito embriagador, alto, sublime,
un prolongado viva, do quier suena,
fuertes acentos de metal sonoro
al aire lanzan vibracion suprema.
La multitud avanza jubilosa,
y el ejército real á Cangas llega,
y ornado de banderas y trofeos,
el Católico Alfonso á la cabeza.
Mil esclavos le siguen silenciosos
admirando su gloria y su grandeza,
que al carro de su triunfo atadas vienen
de cien pueblos las llaves y preseas.

X.

En un salon del Alcázar
el Rey Alfonso penetra,
y aun ensordecen el aire
los vivas y las protestas.
El pueblo saluda al héroe,
las madres bendicen tiernas
al buen padre que sus hijos
condujo á victoria cierta,
Y todos con ansia loca
besando van las banderas
á los moros conquistadas
con la sangre de sus venas.
Y en tanto en inmenso júbilo
el vecindario se alegra,

el gran don Alfonso dice
en alta voz á la Reina:
"Esposa y señora mia,
de mi amor la dulce dueña,
pongo á tus pies una esclava
de notable gentileza.
Ella me salvó la vida
en los campos de Ledesma,
y ante mi lecho de muerte
veló como madre tierna."
A estas palabras del Rey
postró una rodilla en tierra
la encantadora Selima,
diciendo de esta manera:
"¡Oh Reina de los cristianos,
hermosa Sultana, bella,
permite que una africana
humilde tu esclava sea.
La cólera de mi padre
ruge sobre mi cabeza,
y las borrascas del mundo
mi corazon amedrentan.
Yo aprendí, señora mia,
que hay una Vírgen escelsa
que acoge bajo su manto
la orfandad y la indigencia.
Supe por vuestros guerreros
que la Religion austera
del que muriera en el Gólgotha
es base de las grandezas;
Es antorcha de verdad,

no oscurantismo y miseria,
como la ley que yo abrigo
de mi patria y su Profeta;
Esa fe suma, que al campo
en vez de guerreros lleva
leones y héroes gloriosos
que ostentan la cruz egregia;
Esa luz brilló en mi alma,
y mi corazon anhela
profesar esas doctrinas
y ser tu esclava en la tierra.»
Ormesinda suavemente
tendió á Selima la diestra,
y esclamó con un acento
de gracia y dulzura estrema:
"Bien venida á mi palacio
la mora que su creencia
olvida, y recibe en cambio
la luz de toda belleza.
Te presentaré en el templo,
y ante la Vírgen suprema
harás tu cumplido voto
y entrarás en nuestra secta.
Hoy por primer beneficio
te doy libertad completa;
no quiero á mi lado esclavos;
serás mi dama primera.
Y de mi agradecimiento
recibe, cual débil muestra,
esta imágen de María
que al Rey guió en la pelea.»

Alzose con majestad,
y con altivo talante
pidió á su esposo la prenda
que acababa de ofrecer.
Quitósela apresurado,
y en el cuello de Selima
colocan la pura ofrenda
con entusiasta placer.
Con gozo la triste mora
la recibió de sus manos,
y esclamó: "Somos hermanos,
hermanos en religion.»
Luego, ahogando sus acentos
y recobrando la calma,
juró en el fondo del alma
estinguir su honda pasion.
El pueblo prorumpió en vivas
y sonrió la natura;
una nueva criatura
reconoció al Salvador.
Sonaron mil armonías,
y los fastos españoles
dicen brillaron tres soles
de estraordinario fulgor (4).

XI.

Era una noche, lóbrega y oscura,
de esas que al alma infunden

triste pavor,
cuando de Cangas en el real palacio,
la servidumbre demostraba ansiosa
su hondo dolor.

—

Allá en un camarin yace doliente,
perdida la esperanza
ya de vivir,
la piadosa Ormesinda, rodeada
de monges venerables que la ayudan
á bien morir.

—

Doquier revuelve los turbados ojos,
y en su mirada brilla
resignacion,
clavándola en sus hijos, en su esposo,
y despues en Selima, que lloraba
con afliccion.

—

Quiso hablar, y la voz estinguida
en su garganta trémula
no se advirtió;
pero en el ademan de su congoja
comprendió el Rey que á la mora
le señaló.

Con inefable gozo su semblante
brilló solo un momento
muy fugaz;
de proteccion un signo dirigiola,
y un adios á los seres de su aprecio,
muriendo en paz.

. . . . . .

Selima por su reina
lloraba sin consuelo,
sus celos ocultando
allá en su corazon.
Para ella fue una madre
tiernísima, amorosa,
y á su piedad hermosa
debió la salvacion.

—

Amábala su pueblo
por sus virtudes puras;
de tristes criaturas
siempre el amparo fue.
Y al desatar del mundo
los lazos terrenales,
su alma elevose al cielo
en alas de la fe.

XII.

Una mañana temprano,
en el jardin paseaba
el Rey Alfonso, seguido
por una jóven cristiana,
Que recatando el semblante
con un cendal como el alba,
con inquietud recelosa
paso á paso le acechaba.
El Rey sin temor ninguno
de peligro ni emboscada,
envuelto en su largo manto
tranquilo siguió su marcha.
Tibios los rayos del sol
débilmente coloraban
de los álamos las copas
reflejándose en la escarcha:
"Fresca, apacible y hermosa
aparece hoy la mañana,"
dijo, contemplando el cielo,
y con voz dulce y callada.
Luego tomando una calle
de rosales y de acacias,
llegó al estremo, y sentose
en una eminencia escasa.
En abstraccion melancólica
quedó sumida su alma,
y no sintió el leve ruido
con que crugió la hojarasca.

Momentos antes sombrío
apareció en la enramada
un monge de torvo ceño,
y se colocó á su espalda.
Entre el hábito raido
y el seno, oculto llevaba
un puñal, que brilló un punto
suspenso sobre el monarca.
Un minuto, y el infame
hundido hubiera su arma
en el astur valeroso
que cien pueblos conquistara.
Indefenso el noble anciano,
ni aun su augusta faz mostraba,
porque oculta la tenia
pensativa entre sus palmas.
Del asesino brillaron
los ojos con luz satánica;
alzó el brazo regicida,
y su golpe aseguraba,
Cuando un grito poderoso
y un cuerpo humano se lanza
con violencia espantosa
entre el puñal y el monarca.
"¡Tente, bárbaro! le dijo:
mi pecho solo desgarra:"
y envuelta cayó en su sangre
en brazos del Rey la esclava.
Era Selima, antes mora
y despues noble cristiana,
á quien la Reina Ormesinda

llamó María de Gracia.
¡Era ella! ¡la pobre mártir!
la tórtola enamorada,
que su amor casto é inmenso
guardó en el fondo del alma.
Ella, que al Rey don Alfonso
con tanto delirio amaba,
que su reposo y su vida
audazmente le consagra.
Al asesino atrevido
una víctima no basta,
y prepárase á la lucha
con el Rey, que le rechaza.
Y con brioso coraje
por el pescuezo lo agarra,
dejando á Selima en tierra
moribunda entre unas ramas.
Le quita su propio alfange,
el negro hábito le rasga,
y al reconocer á un moro,
en el pecho se le clava.
Luego acudió presuroso
á donde Selima estaba,
y restañando su sangre
de aquesta manera esclama:
"¡Dulce María! ¡hoy mi vida
perdiendo la tuya salvas!
¿Con qué podré yo pagarte
esta sangre que derramas?
¡Vas á morir! bella niña.
¡Tan jóven, y por mi causa,

cuando el mundo te ofrecia
sus aromas y sus galas!
¡Oh! por salvarte yo diera
los tesoros de mis arcas:
diera mi reino y la gloria
que recogí en la campaña."
Abrió los ojos la triste,
y con lánguida mirada
clavolos en don Alfonso,
murmurando estas palabras:
"Adios, Rey, voy á morir...
perdona si el labio exhala
un gemido de amargura
que del corazon se escapa.
Adios, adios... yo bendigo
mi muerte porque te salva:
ella te muestre el ardor
con que mi pecho te ama.
¡Oh sí! te amó con delirio
mi corazon entusiasta
desde el dia que admiré
tu valor y tu arrogancia.
Te amé siguiendo un impulso
que brotó cual viva llama,
y creció grande, gigante...
¡Oh! tanto, que ya me abrasa...
Perdóname si este amor
guardé en el fondo del alma:
hoy, Alfonso, lo confieso,
para morir resignada."
Calló Selima un momento,

y agitándose con rabia
el asesino, que inerte
los cabellos se mesaba,
dijo, lanzando un rugido
y una imprecacion estraña:
"¡Infame, traidora, infiel,
maldecida de tu raza!
vas á morir cual un perro,
víctima de mi venganza.
—"¿Quién eres? esclamó el Rey
con un grito de amenaza.
—Reconoce ese puñal,
comprenderás quién te mata."
Y así diciendo, arrojó
sobre aquella infortunada
el hierro que aun en sus manos
moribundo conservaba.
Y obedeciendo al impulso
con que el infiel lo arrojara,
se fue á clavar en el tronco
de aquella florida acacia,
En la cual el cuerpo herido
de la jóven se apoyaba.
Esta le mira, y al punto,
reconociéndole, esclama:
"¡Es el puñal de mi padre!
¡Ay! ¡perdon, padre del alma,
si abandoné tus hogares,
tus creencias y tu casta!
Perdon ¡oh Rey! para él....
demando por sola gracia...

que quiero morir tranquila...
¡Ampárame, Vírgen Santa!
La jóven se desmayó,
el moro tornó á jurar;
el Rey su guardia llamó,
y á los dos los trasladó
á mas cómodo lugar.

XIII.

En camarin oculto y silencioso,
y con pálida faz, dulce mirada,
hallábase Selima, y á su lado
el Rey que con amor la contemplaba.
Un mes pasó desde que Osman hundiera
el puñal en el seno de la esclava,
cuyo tiempo doliente y afligida
pasa la triste en singular batalla.
Con la muerte luchó, y al fin hermosa
su altiva juventud triunfó gallarda,
apartando animosa de su pecho
de la segur horrenda la guadaña.

"Gracias á Dios que te veo
aliviada, el Rey la dice.
—Sí; pero aquel infelice
¿murió, Alfonso, segun creo?
—Pagó su negra traicion.
¡Oh! por su muerte, María,
no le tengas compasion,

merecida la tenia.
—Es verdad, el fementido
quiso vengarse de mí
clavando el puñal en ti,
que me hubieras defendido.
—Descanse en la tumba en paz;
su venganza es perdonada,
porque contemplo tu faz
levemente sonrosada.
—Al sumo y grande Hacedor
plugo dejarme la vida,
y al serme así concedida,
tambien me otorgó tu amor.»
Esto diciendo la hermosa,
subió el carmin á su frente,
y con voz dulce, amorosa,
persuasiva y elocuente,
Dijo el Monarca: "Mi bien,
¿cómo no amarte, si eres
la gloria de las mujeres,
y es tu cariño un eden?
¿Por qué, arcángel peregrino,
á quien la virtud abona,
no tuviste otro destino,
ceñirias mi corona?
¿Por qué naciste africana,
y de esa raza perjura,
que arroja la Cruz cristiana
y nuestro esterminio jura?
¡Ah! ¿por qué? ¡Yo te amo tanto,
que sin vacilar, María,

henchido de fe y de encanto,
á mi solio te alzaria!
Pero ¡imposible! no puedo
de mi pueblo la creencia
herir, cuando le concedo
una gloriosa existencia.
—¡Oh triste suerte! en mi pecho
viva oculta mi pasion;
es el mundo muy estrecho
para tu gran corazon.
Allá en los valles amenos,
en la orilla de los rios,
oirás los suspiros mios
de amor y de angustia llenos.
Viviré en la soledad,
lejos del mundo y los hombres;
nunca unidos nuestros nombres
oiga la posteridad.
De tu pueblo respetando
la aversion hácia mi raza,
viviré oculta, adorando
al que mi amor no rechaza.
—¡Oh! yo tu esposo seria
si una boda clandestina
tu suerte uniera á la mia.
—¿Y si el pueblo la adivina?
—¡No es posible! nuestros lazos,
un sacerdote en secreto
bendice, y yo te prometo
dulce ventura en mis brazos.
—¡Oh gracias! comprendo, sí,

el impulso que te mueve;
quien te ama con frenesí
á todo, Alfonso, se atreve.
—Luego aceptas.
—Con el alma.
—¡Bendita sea tu boca!
¡Mi amor te dará la palma!
—¡Oh! el gozo me vuelve loca.

EPÍLOGO.

—

El noble Rey se casó
con la dama de su esposa
siendo cristiana, aunque antes
esclava fue y nació mora.

—

Ignoró aqueste suceso
entonces la corte toda,
y despues de muchos siglos
hoy mismo muchos lo ignoran.

—

Yo lo encontré por acaso
en antiquísima crónica,
la cual dice que Selima
fue pronto madre amorosa.

—

Tuvo un hijo que su padre
crió en palacio con honra;

llamábase Mauregato (5),
y al fin ciñó la corona.

—

Termina aquí mi leyenda:
lector, si te es enojosa,
sabe que no es cosa mia,
la he sacado de la historia.

FIN DE ALFONSO EL I.

NOTAS.

—

(1) Alfonso I el Católico, yerno de Pelayo y descendiente de Recaredo, reinó desde el año 739. Persiguió á los sarracenos quitándoles muchas ciudades de Galicia, Leon y Castilla, con tanto valor y fortuna, que justamente se le cuenta en el número de los Reyes mas gloriosos que ha tenido España: reinó diez y ocho años. *(Iriarte.)*

(2) Lugo vió con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fe; las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Viseo, Chaves, acogian con entusiasmo á sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el órden de las escursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada.

Refiérennos en globo haber tomado, ademas de las espresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Leon, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Aceca, Clunia, y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Alava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragon, llevando sus armas victoriosas desde el Océano occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los campos góticos que taló y yermó, recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península. *(Lafuente.)*

(3) Odoario fue el primer Obispo de Lugo, despues de conquistada por D. Alfonso.

(4) En España, el año 753, se vieron tres soles, segun Mariana en su *Historia de España*, y Conde en la suya *De la dominacion de los árabes en España.*

(5) Unos historiadores dicen que Alfonso el Católico tuvo á su hijo Mauregato con una esclava mora, otros que con una dama de Palacio; si aconteció como refiero en mi leyenda, ambas cosas pudieron ser. *(La autora.)*

SEGUNDA LEYENDA.

RESUMEN HISTORICO.

Alfonso II el Casto empezó á reinar en el año 791, y murió en 842. Su largo reinado fue próspero y memorable para los españoles, pues les alivió de la opresion de los sarracenos; y los que dan por cierto el ignominioso feudo á que se obligó Mauregato, suponen que Alfonso le abolió. Tuvo muchos y señalados combates contra los moros, derrotándoles, principalmente cerca de Ledos, en Asturias, y junto á Lugo, en Galicia. Conquistó Lisboa, y obligó á los infieles á levantar los sitios que habian puesto sobre Benavente, Mérida y Zamora. Ganó la batalla de Roncesvalles á los franceses en los Pirineos. Tambien se descubrió en su reinado el sepulcro del Apóstol Santiago, en Galicia. Reinó cuarenta y nueve años.

ALFONSO II EL CASTO.

I.

¡Oh Cruz gloriosa y divina!
Cruz sacrosanta y escelsa,
inspira la mente mia
para cantar tu grandeza,
Para recordar al mundo
de tu orígen la escelencia,
y de tu gran fundador
la santa virtud austera.
Aquel Alfonso de Asturias,
de castidad manifiesta,
que antes de subir al trono
tantas repulsas sufriera (1);
El de corazon magnánimo,
de esforzada gentileza,
que venciendo antipatías
ciñó por fin la diadema:
Del noble como ninguno,
del grande por escelencia,
piadoso en la paz, y afable,
osado y fuerte en la guerra;
El que el pendon de la fe
dos veces con gloria lleva

de Lisboa hasta los muros (2),
ganando victorias ciertas;
El terror de la morisma,
el que con con faz altanera
puso espanto á Abderrahman,
emir de Córdoba bella (3);
El que al francés poderoso
en Roncesvalles venciera,
y de sus triunfos y glorias
llenó la asombrada tierra;
El que engrandeció su reino (4)
con leyes sabias y buenas,
y dió á su ciudad de Oviedo
tan elevada opulencia;
Que dotó pródigamente
con mil alhajas su iglesia,
la reedifica y convierte
en Basílica soberbia (5).
Conságranla siete Obispos,
y es de España la primera
catedral que se levanta
despues de invasion artera.
El que no contento aun
con darle una Cruz escelsa,
obra de artífices santos,
la cede joyas y rentas,
Y la otorgó privilegios
y donaciones supremas,
buscando en ella un sepulcro
donde sus restos durmieran;
El Rey Alfonso el segundo,

cuya piedad y grandeza
moviole á ofrecer á Dios
su castidad por ofrenda.
Y en premio de tal virtud
acaso el Señor le muestra
el sitio donde se oculta,
escondido entre unas peñas,
El sepulcro de Santiago (6),
Apóstol de fe sincera,
el gran protector de España,
de las batallas enseña.
Lleno de dulce alegría,
el Rey, por dicha tan nueva,
mandó levantar un templo,
que hoy llaman de Compostela.
Y no solo su piedad
cual Rey cristiano demuestra;
tambien como hábil político
costumbres reforma y crea.
Restableció el órden gótico (7)
en su palacio, que ordena
semejante al de Toledo
cuando los godos vivieran.
Y siempre puro el recuerdo
de aquellos Reyes conserva,
grabado en el corazon
con indecible firmeza.
Sus leyes mandó observar;
llevó tambien á la Iglesia
su disciplina canónica
que el órden social renueva.

Y sus dotes de guerrero (8)
no amenguan la fe sincera
que aun cerca ya del sepulcro
con nuevo vigor ostenta.
Ya estaba como la nieve
su abundosa cabellera,
y descansaba en el ocio
de sus ímprobas tareas,
Cuando un árabe traidor (9)
con dura ingratitud, negra,
pagó la hospitalidad
que Alfonso le concediera.
Se rebeló apoderándose
de un castillo, por sorpresa,
que á pocas leguas de Lugo
sus torreones asienta.
Tal perfidia escuchó Alfonso
con faz adusta y severa,
y al punto sus escuadrones
en órden de marcha ordena.
Guíalos á la batalla,
con nuevo vigor alienta,
y en breve cayó á sus pies
rendida la fortaleza.
Luego persigue al traidor
y á sus secuaces, que aceptan
una batalla reñida,
do perecieron con mengua.
El bravo y anciano Rey,
que la insurreccion sujeta,
tornó á Oviedo victorioso

entre aclamaciones tiernas.
El pueblo henchido de gozo
premió su hazaña postrera
con vítores, bendiciones
y con ardientes protestas.
Y aun hoy el pueblo asturiano
vivo el recuerdo conserva
del noble restaurador
de su patria independencia.
No es raro ver en Oviedo,
en la basílica austera,
que un solemne aniversario
anualmente le celebran (10).
Sus restos esclarecidos,
que con amor se veneran,
guarda en Oviedo un sepulcro
de humilde y sencilla piedra (11).
Él fue, nobles asturianos,
base de vuestras grandezas,
y al levantaros del polvo,
os legó una gloria eterna.
Á él debeis alto renombre,
y al brotar la estirpe regia
en vuestro suelo querido,
fue de Dios gracia suprema.
Aun por Alfonso en los siglos
las bendiciones resuenan;
pedid al cielo, asturianos,
que su lauros reverdezcan.

LA CRUZ DE LOS ANGELES (12).

Leyenda tradicional.

II.

Era una de esas mañanas
en que la brisa murmura,
y el cielo tornasolado
se envuelve en mantos de bruma;
Cuando en la tierra comienzan
á brotar perlas menudas,
y nacientes florecillas
al rayo del sol fulguran;
Cuando los pájaros cantan
y las tórtolas arrullan,
y en las ramas de los árboles
el jilguero se columpia;
Cuando... mas no importa cuándo:
sabe, lector, que mi pluma
va á relatarte un portento
de peregrina hermosura.
Y si ha dicho que las flores
y los céfiros susurran,
es porque fue en primavera
lo que he de contarte en suma,

Y en tiempos del Casto Rey,
eso no te quede duda,
que hay autores respetables
que lo escriben y aseguran.
Yo quisiera retratarte
aquella noble figura
del Rey Alfonso segundo,
pero no hay copia ninguna.
Solo sé que fue valiente,
de trato y palabras bruscas,
pero magnánimo y grande,
y de marcial apostura.
Amó con ciego delirio
al pueblo leal de Asturias,
y por su engrandecimiento
emprendió reñidas luchas.
Mas dejemos nuestro siglo
donde fúlgidas alumbran,
de la ilustracion antorchas,
y á una época de penuria
Trasladémonos al punto
cuando alzó la Media Luna
su imperio en la hermosa España
y fue abatida en Asturias.
Y con los ojos del alma
verás la devocion suma
de aquel piadoso guerrero
cuya memoria aun saludan
Los siglos y las naciones,
y por el orbe retumba
de sus heróicas hazañas

la voz que no muere nunca.
Verasle en su regio alcázar
y postrado ante una urna,
que en retirado aposento
guarda una inmensa fortuna,
Consistente en ricas joyas
que en sus conquistas morunas
adquirió de los infieles
y hoy á la Vírgen tributa.
Escuchadle; sus miradas
dirige á celeste altura,
y con dulcísimo acento
así sus labios murmuran.

III.

"¡Oh Santa Vírgen María,
Reina del cielo y señora,
del Salvador de los hombres
augusta Madre amorosa!
Á Ti que en trono de nubes
y en un alcázar de gloria
tienes el célico asiento
donde los ángeles moran;
Á Ti quisiera ofrecer
esa multitud de joyas
en una Cruz engastadas
de bella y sagrada forma.
Mas ¡ay! vano es mi deseo,

que tan delicada obra
no hay artífice en mi patria
que pueda emprender con honra.
Bravos son mis montañeses
con la morisma traidora,
saben manejar la espada,
pero su ciencia es muy corta.
En esta tribulacion,
á Ti acudo, Madre hermosa,
pues que no encuentro en mi reino
quien mis deseos acoja.»
Calló el Rey enajenado,
y elevó la vista atónita
al sitio donde escuchábase
música embelesadora.
Era en la celeste altura
donde una grave matrona,
de arcángeles rodeada
y entre nubes vaporosas,
Apareció lentamente;
y su mirada amorosa
fijando en el casto Rey
con sonrisa encantadora,
Esclamó con dulce voz,
mas que el gemir de la tórtola
y mas suavísima y grata
que el murmurar de las ondas:
"Escuché ¡oh Rey! tus acentos
desde mi trono de gloria,
y vengo á aceptar tu Cruz;
ahí tienes quien le dé forma.»

Tendió la Vírgen su diestra,
y de su célica escolta
descendieron dos querúbes
en alas de una paloma.
Vertió la naturaleza
torrentes de luz hermosa,
y su fragancia las flores,
las aves su dulce trova,
Los arroyos su murmurio,
los céfiros sus aromas,
todos al trono de Dios
en armonías sonoras
Himnos alzaron benditos,
y á la Vírgen milagrosa
saludaron con amor
la luz, la tierra y la sombra.
La Vírgen desaparece
tras la nacarada bóveda,
y apareció rutilante
entre arreboles la aurora.
Alfonso cayó de hinojos
en actitud melancólica,
murmurando una plegaria
que su gratitud denota.

IV.

"¡Al templo mis caballeros!
el casto Rey esclamaba:

vamos á ofrecer á Dios
despojos de cien batallas.
Vamos: mas ¿quién interrumpe
de tal modo nuestra marcha?
—Es que aquí dos peregrinos
por Alfonso preguntaban.
—¡Dos peregrinos! dejadles
llegar á mi regia planta.„
La turba de cortesanos,
de magnates y de damas,
Dejó paso á los querúbes
que en nombre de Dios llegaban.
"¿Quién sois? ¿De nos demandais
limosna, ó cumplida gracia?
—Venimos de luengas tierras,
porque supimos que guardas
hermosas joyas, y anhelas
en una cruz engastarlas.
—Es cierto: pero ¿vosotros sabeis?...
—En nuestro celo descansa,
que ha de admirar nuestra obra
la cristiandad asombrada.
—¡En buen hora á mi palacio
llegásteis! El cielo os guarda;
venid, en este aposento
trabajar podeis sin trabas.
Hé aquí los materiales,
oro, perlas, esmeraldas,
y la madera preciosa
de la Cruz inmaculada.
Quedad adios, peregrinos,

yo voy al templo á dar gracias
á la Santísima Vírgen
y á ofrecerla mi plegaria.„
Los magnates tras el Rey
luego emprendieron la marcha,
siguioles la corte toda,
muchos guerreros y damas.
En la hermosa catedral
sagrados himnos se alzaban;
la voz de los sacerdotes
subia elocuente y grata
Al trono escelso de Dios,
y el noble Rey entusiasta,
mezclando su puro acento
con aquellas voces castas,
Hasta los cielos subian
en cánticos de alabanzas.
Los acordes religiosos,
las armonías sagradas
Repetíanse en el templo
cual homenage de un alma
que amor purísimo, ardiente,
y ternura rebosaba.
De la caridad emblema,
de la fe y de la esperanza
era el tributo amoroso
que entre nubes de oro y gualda
el casto Rey ofrecia
de su gratitud en aras.
Cesaron de los Obispos
las majestuosas plegarias,

y en los ámbitos del templo
aun sus notas resonaban.
Siguió la corte en silencio
tras su Rey que se levanta,
y con el rostro encendido
dirigíase á su alcázar.
Por un instinto del pueblo,
que venera á sus monarcas,
siguen al cortejo augusto
una multitud de almas.
El sol sobre ellos vertia
sus purpúreas llamaradas,
y gozosa la natura
presenta sus ricas galas.
El azul del firmamento
mas rutilante brillaba,
y tras la célica bóveda
los ángeles baten palmas.
La sonrisa de la aurora
aun conserva la mañana,
y al murmurar del ambiente
el pueblo asturiano canta.
Y sigue tras de su Rey
con vítores y algazara,
y con anhelo vivísimo
penetran en el alcázar.
"¡La Cruz! ¡mostradnos la Cruz
que los peregrinos labran;
la adoraremos, en tierra
nuestra cerviz inclinada!"
Así gritaban las gentes,

en tanto que se llenaban
del palacio los salones
con multitud entusiasta.
Acércase el casto Rey
al sitio donde dejara
á los artífices santos,
y halló la puerta cerrada.
Mas no bien se retiró
dos pasos, cuando impulsada
por un misterioso empuje,
mostrose espedita y franca.
Penetran... mas al momento
retroceden asombradas
ante un milagro patente
aquellas trémulas almas.
Doblan la rodilla en tierra,
y en un grito de alabanza
prorumpen entusiasmados:
"¡Milagro! ¡milagro! claman."
Se oyeron mil armonías,
y por el éter volaban
dos blanquísimas palomas
entre nubes de esmeralda.
Al penetrar en el cielo,
una música muy grata
se escuchó, y los serafines
entonaron el hosanna.
Mas ¿qué contempla aquel Rey,
aquella corte postrada?
¡Oh! mirad; el aposento
donde la Cruz se labraba

Ilumina un resplandor
cual en noche oscura el alba.
Y suspendida en el aire,
vertiendo luces estrañas,
Está la célica Cruz
revestida de cien planchas
de oro purísimo y piedras
con gran primor engastadas.
Obra tan maravillosa
revela ciencia muy alta,
y su hechura no es posible
sea de persona humana.
Así murmura la corte,
y el Rey dice: "¡Es obra santa!
buscadme á los peregrinos..."
mas nadie los encontraba.
Portento tan milagroso
el pueblo acogió con ansia,
y en su ardiente devocion
Cruz de los ángeles llama
Al símbolo misterioso,
á aquella joya preciada
que aun hoy el pueblo de Oviedo
cual obra del cielo ensalza.

. . . . . .

La tradicion esto cuenta,
las crónicas lo relatan,
y de autores venerables
lo afirma la fe cristiana (13).

NOTAS.

—

(1) Conocida ya por los grandes la condicion apacible y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habian repugnado y temido, determináronse á reconocerle por Rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades habia esperimentado. (Lafuente.)

(2) Alfonso, desde la victoria de Lutos, habia paseado dos veces el pendon de la fe hasta los muros de Lisboa. (Idem.)

(3) Alfonso, desde las montañas de Galicia, habia sabido hacer frente y frustrar todos los esfuerzos del imperio musulman; y habia con su constancia y denuedo desesperado á Alhakem, al jóven é intrépido Abderrahman y á sus mejores caudillos Abdallah y Abdelkerim.

(4) Alfonso II, que como guerrero habia hecho revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, y pactado ya con el emir de Córdoba como de poder á poder, dedicábase en los períodos de paz á fomentar la Religion como príncipe cristiano, y á regularizar y mejorar su Estado como Rey. Oviedo se embellecia y agrandaba con nuevos edificios públicos, casas, palacios, baños, acueductos, ya de sólida y regular arquitectura.

(5) La iglesia del Salvador, fundada por su padre Fruela, se reedificaba y convertia en grandiosa basílica episcopal, con doce altares dedicados á los doce Apóstoles. Asistieron á su solemne consagracion todos los Obispos que el peligro y la fe tenian refugiados en Asturias. Adulfo fue el primer Prelado que tuvo la honra de ser designado y puesto por el piadoso monarca para regir la primera catedral de la restauracion, á la cual dotó el magnánimo Rey con nuevas rentas, hizo y confirmó donaciones, y otorgó y ratificó privilegios.

(6) Otro prodigio que como milagroso refieren tambien los devotos cronistas de la Edad Media, señaló el reinado del segundo Alfonso. Cerca de ocho siglos hacia, dicen, que el cuerpo del Apóstol Santiago habia sido traido de la Palestina por sus discípulos y depositado en un lugar cerca de Iria Flavia, en Galicia. Pero las continuas guerras y trastornos de aquel pais habian hecho olvidar el sitio en que el sagrado depósito se guardaba, hasta que se descubrió en tiempo de Alfonso el Casto: cuentan las crónicas haber acaecido del modo siguiente: Varios sugetos de autoridad comunicaron á Teodo-

miro, Obispo de Iria, haber visto diferentes noches, en un bosque no distante de aquella ciudad, resplandores estraños y luminarias maravillosas. Acudió en su virtud el piadoso Obispo al lugar designado, y haciendo desbrozar el terreno y escavar en él, hallose una pequeña capilla que contenia un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del Santo Apóstol. Puso el Prelado el feliz descubrimiento en noticia del Rey Alfonso, que se hallaba en Oviedo, é inmediatamente el monarca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su Palacio, y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces acaso de *Campus Apostoli* se denominó Compostela), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia.

(7) Atento el monarca no solo á los asuntos de interes religioso, sino tambien á los civiles y políticos de su reino, adicto á las costumbres y gobierno de los godos, que vivian en su memoria, restableció el órden gótico en su palacio, que organizó bajo el pie en que estaba el de Toledo antes de la conquista; promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la Iglesia su antigua disciplina canónica.

(8) No amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio habia desplegado. En las espediciones que Abderrahman II, sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulman, hizo por sí ó por sus caudillos á las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infieles apercibido y pronto á rechazarlos con vigor.

(9) Hácia los últimos años de su reinado, un caudillo árabe, Mohammed-ben-Abdel-Gebir, que en Mérida se habia insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el Rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados. Correspondió mas adelante el pérfido musulman con negra ingratitud á la generosidad hospitalaria que habia debido á Alfonso, y tan desleal al Rey cristiano como antes lo habia sido á su propio emir, alzose con sus numerosos parciales y apoderose por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad. Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un jóven á castigar á sus ingratos huéspedes, y despues de haber recobrado el castillo que les servia de refugio, les obligó á aceptar una batalla en que pereció el traidor con todos sus secuaces. Alfonso regresó victorioso á Oviedo por última vez.

(10) Los monges de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad á orar sobre los restos

del Rey Casto, y aun conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los mas celosos restauradores de su nacionalidad.

(11) Sus restos mortales fueron depositados en el panteon de su iglesia de Santa María. Aun se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe.

(12) Deseoso el Rey de adornar la Basílica del Salvador con una rica ofrenda, habia reunido gran cantidad de oro y joyas con intento de hacer labrar una preciosa cruz. Inquieto y apesadumbrado andaba por no hallar en sus Estados artista bastante hábil para poder ejecutar tan piadosa obra, cuando repentinamente, al salir un dia de misa, dicen las crónicas y leyendas, se le aparecieron dos desconocidos en traje de peregrinos, que le habian adivinado su pensamiento, y se ofrecieron á realizarle. Al instante los llevó el Rey á un aposento retirado de su Palacio. A poco tiempo, habiendo ido algunos palaciegos á examinar el estado en que los artífices llevaban su trabajo, sorprendieron los dos prodigios á un tiempo. Los peregrinos habian desaparecido: una cruz maravillosamente elaborada, suspendida en el aire, despedia vivos resplandores. Aquellos peregrinos eran dos ángeles, dijo el pueblo cristiano, y así se lo persuadió su fe; y la preciosa Cruz de Alfonso el Casto, revestida de planchas de oro y piedras preciosas, que hoy se venera todavía en la Basílica de Oviedo, sigue llamándose la *Cruz de los Angeles.*

(13) El primero que mencionó como milagrosa la obra de esta Cruz fue el monge de Silos, á quien siguieron despues Pelayo de Oviedo y otros cronistas.

Los que no creen bajasen los ángeles á fabricar esta Cruz, suponen que los dos mancebos ó peregrinos que se habian aparecido al Rey Alfonso, y ofrecídosele á elaborarla, serian artistas árabes de Córdoba que ya en aquel tiempo tenian fama de escelentes plateros, y se distinguian por el primor y delicadeza con que trabajaban esta clase de obras. Si así hubiera sido, no estrañamos que el monarca cuidara de no herir el celo religioso de su pueblo, que á no dudar se hubiera ofendido de que un objeto que representaba el símbolo de su fe hubiera sido trabajado por manos mahometanas.

(*Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente, tomo III.)

TERCERA LEYENDA.

EL TRIUNFO DE LA CRUZ.

CANTO HISTÓRICO

SOBRE LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

I.

Ven, ¡oh sagrada Cruz! deja que admire
mi corazon tu inmenso poderío;
ven, que mi númen ante ti se inspire,
tu alabanza elevando el labio mio.
Ven, ¡oh sagrada Cruz! fuego respire
de mi entusiasmo el ímpetu bravío,
y pueda en altos ecos inmortales
las hazañas cantar de los mortales.

—

Pueda ensalzar mi lira enajenada
de los gloriosos héroes la memoria,
que con tu amparo, ¡oh Cruz inmaculada!
ganaron en las Navas la victoria,
la memorable sin igual jornada
que á Castilla cubrió de eterna gloria,
y que llevose con tu ayuda á cabo

por el escelso Rey Alfonso Octavo.

—

Aun me figuro oir los atambores
y el estruendo de innúmeros guerreros;
aun la pompa marcial de los señores,
y el belicoso ardor de los pecheros:
aun las matronas enlazando flores
que han de ceñir los nobles caballeros,
y los vítores que alzan á porfía
su corazon henchido de alegría.

—

Ved la ciudad que murmurante baña
el cristalino Tajo en ondas de oro;
vedla cubierta de animosa saña
contra el infiel ejército del moro.
Del pueblo, del palacio y la cabaña
álzase un grito en entusiasta coro,
y todos á una voz con eco fuerte
esclaman: "¡Libertad! si no, la muerte."

—

Las bellísimas huertas de Toledo,
en tiendas de campaña convertidas,
alojan en su centro con denuedo
las huestes de dos cortes reunidas.
Cuando el favonio murmurante y ledo

en marzo suspiraba, mil partidas
estranjeras cubrian la ancha tierra
de aparatos belígeros de guerra.

—

Los estraños y propios cooperaban
á la santa alianza enajenados;
bendiciones de Roma les llegaban,
trasformando pastores en soldados.
Niños aun, y ancianos se aprestaban
á engrosar los ejércitos formados,
y á su Dios y á su Rey ofrecen fieles
la raza esterminar de los infieles.

—

Nobles cristianos, á quien nada aterra,
al peligroso estruendo del combate
dejan su hogar y vuelan á la guerra,
sin que afeccion alguna lo dilate;
su familia abandonan y su tierra
cuando en su pecho conmovido late
un corazon de padre, amante ó esposo,
que en la lid á morir va presuroso.

—

Mas no creais ¡oh! no, que sus mujeres
cobardes lloran su fatal ausencia;
vedlas doquier, huyendo los placeres,

abrasado su pecho de impaciencia.
¡Oh! ved algunas, animosos seres,
al guerrero alentar con su presencia,
de sus abuelos relatar las glorias,
refiriendo sus ínclitas victorias.

—

Escuchad de su boca los acentos,
la santa indignacion que las anima,
sus nobles y esforzados sentimientos
con la entusiasta fe que las sublima.
Escuchad, escuchad; los vagos vientos
á través de los siglos, fiel estima,
de tan claras matronas, trasmitido
nos han de sus palabras el sentido.

—

Una madre les dice: "Castellanos,
las armas aprestad con noble brío,
y en la sagrada empresa, cual hermanos,
esterminad al musulman impío.
Para la lanza sostener mis manos
débiles son; mas ahí va el hijo mio:
él es mi único amparo, mi alegría;
si el moro le venciera, le odiaria."

—

Se adelanta una jóven, nueva esposa,

teñido de carmin su rostro bello,
y "¡Guerreros (les dice presurosa)!
nunca á la esclavitud rindais el cuello;
esterminad esa morisma odiosa,
y brillará en vosotros un destello,
un noble, puro, fulgurante rayo,
de la gloria del Cid y de Pelayo.

—

Y tú, mi esposo, á quien el alma adora,
luz de mi corazon, mi único anhelo,
no vuelvas de esa guerra asoladora
sin que bendiga tu valor mi celo.
Si tornas victorioso, seductora
á tu esposa hallarás, será tu cielo,
y si vencido, aunque mi vida encantes,
no llegues hasta mí, mátate antes."

—

Una amante, que tímida y sentida
ante un jóven marcial llégase lenta,
le dice: "Dueño mio, tu partida
mirando estoy sin conmoverme atenta,
¡oh! tú eres la esperanza de mi vida,
solo por ti mi corazon alienta,
mi amor en la victoria irá contigo;
mas si te hacen esclavo, te maldigo."

—

Y todos á una voz, con eco fuerte,
entusiastas clamaban: "¡Á la guerra!
perezca el musulman, no de otra suerte
habremos de volver á nuestra tierra.
Adios, madres y esposas; ya la muerte
que vamos á buscar no nos aterra;
tejed guirnaldas de aromadas flores,
que ciñan los gallardos vencedores.

—

Tejedlas ¡oh! guirnaldas y laureles,
ese el premio será de la victoria,
y luego vuestro amor á los mas fieles
y de honor una página en la historia.
Volemos á batir á los infieles,
allí la muerte está, tambien la gloria;
Dios y la Religion dánnos su ayuda,
y la Cruz sacrosanta nos escuda."

—

Esto diciendo en júbilo inefable,
la armadura se ciñen presurosos;
el reluciente arnés, adarga y sable,
preparan, y los brutos generosos.
Cálanse el yelmo; en ademan amable
de Toledo despídense gozosos,
mil vítores alzando de alegría
al mirar que la Cruz les precedia.

Parten al son del belicoso estruendo
de atabales y trompas y clarines,
que va de polo á polo repitiendo
el favonio que juega en los jardines.
Un sonoro clamor álzase hiriendo
de la ciudad hermosa los confines,
y mil bocas esclaman con denuedo:
"¡Castellanos, valor! ¡gloria á Toledo!"

II.

Era de junio un dia caluroso,
cuando partió el ejército altanero;
de don Diego de Haro el numeroso
y aguerrido escuadron iba primero.
Seguíanle las tropas, y animoso,
don Pedro de Aragon, Rey caballero,
aliándose á empresa tan sagrada,
llegó á ofrecer su ejército y su espada.

—

El noble Rey, Alfonso de Castilla,
seguido de sus bravos escuadrones,
deja tranquilo la suprema silla,
y alienta con su voz los corazones.
Su gloria á compartir ó su mancilla,
sígueles rodeado de pendones,
que demuestran la fuerza y la hidalguía

de su escelsa y temida monarquía.

—

Poseida de júbilo marchaba
la castellana hueste numerosa;
leves escaramuzas levantaba
á su paso atrevida y belicosa.
En su poder cayeron Calatrava,
Alárcos, Malagon, y deseosa,
de la batalla presentar al moro,
siguen hasta las Navas con decoro.

—

Las estranjeras tropas asustadas
del peligro inminente que corrian,
del castellano ejército á bandadas
con infame pavor torpes huian,
Sin ver que en sus banderas veneradas
tan odioso baldon arrojarian;
y dejando los lauros de la gloria,
solo del español fue la victoria.

—

Sustituyéronles, en el momento,
de Navarra los bravos caballeros,
que con su soberano al campamento
llegaron inclinando los aceros.
Acógenles con muestras de contento

los fieles aliados placenteros,
que ante la imágen juran de María,
esterminar á la morisma impía.

—

Vedlos, ya al pie de la riscosa sierra,
dando frente á las tiendas del Rey moro;
ved ya cubierta la fragosa tierra
de valientes que anhelan su tesoro.
Al fiero musulman nada le aterra
en su trono de nácar y de oro,
y cercado de esclavos africanos
sueña con apresar á los cristianos.

—

"¡Oh! vengan, dice, por Alá, que es necio
el querer abatir mi poderío;
vengan estos tres Reyes que desprecio,
con su orgullóso ejército bravío.
Vengan, ya pongo á su persona precio
á mis plantas mirando su albedrío.
En mala posicion se han colocado,
¡Agarenos, valor! hemos triunfado.

—

El premio de esta empresa, musulmanes,
pronto habrá de tocar vuestra codicia:
pelead con valor, tantos afanes

sabrá recompensaros mi justicia.
¡Oh! muy pronto esos bravos capitanes
nos muestran su pavor y su impericia,
el alfange ceñid, ya la fortuna
coloca ante la Cruz la Media Luna.»

—

Su posicion le daba ventajosa,
sobre el cristiano campo la osadía,
y en verdad que la hueste numerosa,
para lidiar, espacio no tenia.
Pero ¡ah! la Providencia generosa
les saca del conflicto, y ¡oh alegría!
su dedo les señala una llanura
donde puedan trabar liza segura.

—

En inefable júbilo embargados,
dan gracias al Señor, y la Cruz santa
elevan por do quiera enajenados,
con preces mil que su fervor levanta.
El cielo les protege; entusiasmados,
al musulman contemplan á su planta,
y ciñéndose el yelmo y los aceros
á la lid se preparan los guerreros.

———

III.

Era de julio un dia, coloraba
apenas la mañana en el Oriente,
cuando ya en la llanura tremolaba
el pendon de Castilla libremente.
El valeroso ejército escuchaba
de su señor la alocucion ardiente
que la victoria con fervor predijo,
y estas palabras en sustancia dijo:

—

"¡Oh! de la Cruz, sublimes campeones,
caballeros y nobles castellanos,
á enaltecer venís vuestros blasones,
batiendo á los impíos mahometanos.
Sedientos cual intrépidos leones,
pueblo leal, escelsos soberanos,
llegais bajo el pendon de ambas Castillas
y ante la Cruz doblásteis las rodillas.

—

La fe de nuestros pechos venerada
y el amparo de Dios dannos su ayuda,
su Santísima Madre Inmaculada
con su sagrado manto nos escuda.
El arnés preparad, la hendiente espada,
el pesado lanzon, la maza ruda,

y no quede con vida un moro infame;
gota á gota su sangre se derrame.

—

Ellos de nuestra tierra usurpadores,
la altiva Media Luna tremolaron,
y en sus nobles ciudades cual traidores,
solios impuros con baldon alzaron.
Ellos en sus deleites tentadores
la Cruz escelsa con sus pies hollaron,
y soñaron mirarse por ensalmo
dueños de nuestra tierra palmo á palmo.

—

¡Ridícula ilusion! ¡torpe creencia!
unos aventureros atrevidos,
sin religion y con su falsa ciencia,
juzgan anonadar nuestros sentidos,
y de los godos disfrutar la herencia,
en medio sus harenes corrompidos:
no será mientras latan corazones
que tornen mis soldados en leones.

—

¡Fuera el usurpador! ¡no mas mancilla!
¡bajo el acero caiga su áureo trono!
¡siegue su raza impura la cuchilla,
que estalla el pecho de feroz encono!

Ríndanse al estandarte de Castilla,
y que mueran despues, no los perdono;
justicia nos asiste, y la victoria
hoy nuestras sienes cubrirá de gloria.

—

Vencereis, lo prometo; la pujanza
de vuestro hidalgo pecho me lo augura;
alzad la Cruz, y todos la esperanza
tengan en esa enseña de ventura.
Alzadla, cual emblema de bonanza,
signo de redencion, estrella pura,
y no temais del enemigo fiero
la indigna saña ni el infame acero.»

—

Vítores mil alzaron de alegría
á la voz del monarca castellano,
y al grito de *¡á la lid!* rompe bravía
por medio del ejército otomano.
La numerosa hueste se batia
con valor sin igual y sobrehumano;
tiembla la tierra, se estremece el mundo,
al choque del combate furibundo.

—

Por do quiera se ven miembros caidos,
turbantes y corazas de guerreros,

cadáveres de infieles esparcidos,
rotos en mil pedazos los aceros.
Las lanzas empuñando estremecidos
de coraje los bravos caballeros,
con odio inmenso, su valor pujante,
la muerte dan á cuanto ven delante.

—

El sol á la mitad de su carrera
se hallaba apenas su esplendor velando,
cuando tres veces rechazado fuera
el agareno con furor nefando.
Otras tres embistió, ¡vana quimera!
la Cruz sus escuadrones va mermando,
y tiembla de coraje y fuerte encono
el infiel enemigo en su áureo trono.

—

Cercado de sus míseros esclavos
aguarda del combate la victoria;
mas de la Cruz los campeones bravos
pelean con fortuna mas notoria.
Vedlos rogar por los sagrados clavos
del Redentor la palma de la gloria,
y "¡morir ó triunfar!" un grito estalla,
redoblando el horror de la batalla.

—

Á cientos, á millares van cayendo,
bajo la férrea maza embravecida,
otomanes infieles, que sintiendo
van del noble español la acometida.
Fieros redoblan su valor tremendo,
y entregando infelices van la vida.
¡Oh! nada basta á detener la saña,
el rudo empuje de la egregia España.

—

Pero ¿quién un valor tan denodado
inspiró á nuestros bravos campeones?
¿quién ánimo tan grande y esforzado,
que aun absortas admiran las naciones?
¡Quién! ¡Oh! mirad el estandarte alzado
cruzar á los contrarios escuadrones
una vez y otra vez, y por encanto,
volver ileso el mensajero santo.

—

¡Oh! vedle con arrojo temerario
la Cruz alzada en su valiente diestra;
ved el símbolo puro del Calvario
que su favor en el combate muestra.
Vedla llegar al campo del contrario
sin que el infiel, aunque su mano adiestra,
herirle pueda con su flecha aguda,
que el varon santo con la Cruz se escuda.

¡Insigne proteccion! el alto cielo
claro le muestra su favor divino;
lleno su pecho de ferviente celo,
arrójanse cual fiero torbellino.
No queda un musulman, cúbrese el suelo
de moros por doquier. Ancho camino
de gloria se presenta á la española
monarquía, ciñendo esta aureola.

—

¡Quién el númen tuviera de un Quintana,
la inspiracion sagrada de un Herrera,
para pintar la gloria castellana,
y que mi voz al orbe estremeciera!
¡Oh! yo el valor y la grandeza hispana
hasta ignotas regiones trasmitiera;
pero ¡ay! en vano mi entusiasmo evoco;
para tan alta azaña soy muy poco.

—

Mas otros alzarán su férrea lira
con sonora y robusta valentía;
yo cantaré lo que el honor me inspira
de tantos héroes de la patria mia.
Sagrado fuego el corazon respira,
y ante la Cruz se inunda de alegría
al ver ganada la inmortal hazaña
por los bravos leones de la España.

Cayó la Media Luna; en vergonzosa
huida se dispersan los infieles.
¡Oh! y en su fuga la morisma odiosa
la persiguen con rabia los donceles.
Hierve bajo la cota generosa
ilustre sangre de cristianos fieles,
y mientras tanto que su pecho late,
no abandonan el campo del combate.

—

El moro Rey su trono abandonando,
su rica tienda de lujosa seda,
en árabe corcel huyó volando,
sin que la hueste aprisionarle pueda.
De la noche las sombras vanse alzando,
murmura el aura misteriosa y leda,
y el vencedor insigne se retira
gozoso el corazon, calmada su ira.

—

Rauda se estiende tan dichosa nueva
por la sonora trompa de la fama;
de Alfonso el nombre por el orbe lleva
con la voz de su pueblo que le aclama.
El venturoso ejército renueva
de su gran devocion la ardiente llama
y en alto alzando al Redentor del mundo,
himnos entonan con fervor profundo.

IV.

¡Gloria al Señor! ¡Al vencedor laureles!

que grabada en su pecho fe tan pura,
puso espanto y terror en los infieles,
esterminando la morisma impura.
¡Gloria á la Cruz! Las liras, los pinceles,
estienden por do quier tanta ventura,
celebrando en dulcísimos loores
de Tolosa los bravos vencedores.

—

¡Gloria á Toledo! Con purpúreas rosas,
del tránsito las calles alfombrando,
van mil doncellas púdicas y hermosas
á los conquistadores saludando.
Hasta las cofradías religiosas
salen con sus imágenes cantando,
y al triunfo de la Cruz con vivo celo,
elevaron sus preces hasta el cielo.

—

De hazaña tan ilustre las naciones
en sus fastos guardaron la memoria,
y del octavo Alfonso los pendones
cubriéronse de inmarcesible gloria.
¡Honor al vencedor! Generaciones
venideras oirán esta victoria,
q ue su eco fiel, al tiempo trasmitido,
será de siglo en siglo repetido.

Á S. A. R.

EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS,

CON MOTIVO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

Duerme, señor, mientras la lira mia,
de fogoso entusiasmo arrebatada,
eleva en altos himnos de alegría
los lauros de mi patria idolatrada.
Duerme, señor, pero despierta un dia
cuando mi mano trémula y cansada
suelte la pluma, y la española historia
te recuerde los ecos de su gloria.

—

Duerme en tanto, señor, feliz reposa,
y confiado en la nacion hispana,
esta nacion magnánima y gloriosa,
que un cetro de oro te dará mañana.
Esta nacion que, altiva y orgullosa,
te ofrece una ciudad mahometana,
y clavó tus pendones venerados
de Tetuan en los muros torreados.

El pendon invencible de Castilla,
el grande, el sin rival en las naciones,
el que sin mancha descubrió en la Antilla
ignotas y magníficas regiones;
el que asombro del orbe doquier brilla
dechado de sublimes perfecciones,
y al par de hidalgo, noble y generoso,
siempre el triunfo alcanzó por valeroso;

—

El que venció en Orán, el que en Granada
plantó la Cruz, y á la morisma fiera
arrojó confundida, avergonzada,
del suelo hermoso de la patria ibera.
El que estendió su gloria ilimitada
de uno al otro confin, y alzó altanera
la gran nacion en ímpetus fecundos,
haciéndola señora de dos mundos.

—

El que triunfó en las Navas, en Lepanto,
en Pavía, en Bailen, en Zaragoza;
el que sembró en los moros el espanto,
y sus kabilas sin piedad destroza;
el que dormido al poderoso encanto
de los laureles que su nombre goza,
miró que le ultrajaban, y rugiente,
altivo despertó grande y potente,

Recordó su poder, su señorío,
y su antiguo renombre de guerrero,
y allá se lanza, indómito y bravio,
á defender su castellano fuero;
y cual inmenso, desbordado rio,
siguieron el pendon de Recaredo,
torrentes de soldados y paisanos
á los salvajes pueblos africanos.

—

Y helos allí, mostrarse de la España
los dignos hijos; de morenas frentes,
sufridos cual ninguno en la campaña,
y en la lucha arrojados y valientes.
En esa tierra á su piedad estraña
dan ejemplos de amor muy elocuentes,
y en la lid al cesar piadoso y bueno
dan su galleta al mísero agareno.

—

Helos allí, señor: ¡oh cuán hermosa
es la gloria que alcanza su bravura,
y la sangre que vierten generosa
el anhelado triunfo nos augura!
al ceñir esa palma victoriosa
sonreirán sus almas en la altura,
y millares de tiernos corazones
elevan hasta Dios sus oraciones.

Hélos allí, ¡oh Príncipe querido!
conquistando un floron á tu diadema;
do se escucha tu nombre bendecido,
y de Isabel la voluntad suprema.
Una joya arrancaron al vencido,
que á tus pies ofrecieron cual emblema
de la entusiasta fe, de la hidalguía,
que todos ostentáran á porfía.

—

Una joya, señor, muy floreciente,
signo de su valor, de su victoria,
que sabrá recordar eternamente
al universo la española historia.
Tú al despertar, arcángel inocente,
de tu nacion admirarás la gloria,
y hoy del Jelub el plácido murmullo
á tu sueño feliz sirva de arrullo.

AL EJERCITO ESPAÑOL,

CON MOTIVO DE LA

TOMA DE TETUAN.

Apenas el alba naciente sonrie,
se escucha el estruendo del ronco cañon;
tambien las campanas anuncian gozosas
que el júbilo llena la hispana nacion.
Tetuan es ya nuestro, nos dicen sus ecos;
Tetuan abatido su frente dobló,
la tropa española con férvido gozo
la raza africana cual siempre humilló.
¡Oh! ved ese ejército volar al combate,
cubrirse de gloria, doquiera triunfar,
probando que sabe, valiente y sufrido,
guardar su decoro, su afrenta vengar.
Venid, estranjeros, y ved que Castilla
conserva su antiguo y heróico valor,
sus hijos son hijos de aquellos valientes
que dieron á España sublime esplendor.
Aquellos que alzaron un cetro en Asturias,
que grande y potente supiera vencer,
por siglos de siglos, y siempre orgulloso,
al mundo mostrara su inmenso poder.
Si dias de gloria nos dieron los héroes,

el Cid y Pelayo y el noble Guzman,
no es menos brillante la que hoy nos ensalza,
la toma gloriosa del Fuerte Tetuan.
Los nuestros son dignos de aquellos guerreros,
que así enaltecieron el regio dosel,
son hijos de España, son nobles, son fuertes,
y tienen por jefe la escelsa Isabel.
Jamás al insulto dobláran su frente,
ni pueblo ninguno domó su altivez;
sus glorias pasadas, sus hechos presentes,
colocan muy alto su nombre y su prez.
Venid las naciones, venid los poetas,
admiren las unas, los otros cantad;
las arpas resuenen con dulce alborozo,
patrióticos himnos doquiera elevad.
¡Oh! todos en júbilo inmenso, inefable,
su gozo demuestran, su celo leal,
en bravos aplausos prorumpan gozosos,
al jefe, al soldado y al pueblo inmortal.
¡Loor á esas tropas, ejemplo patente
de arrojo bizarro, de inmenso valor,
que en cada batalla nos da una victoria,
cubriendo su nombre de gloria y honor!
¡Loor al caudillo que en pueblo africano
la hispana bandera feliz tremoló!
¡Loor al guerrero que diera su sangre,
y en lucha tan santa con gloria murió!
¡Loor á esos bravos! ¡Loor á la hermosa
que reina en un pueblo, cuyos hijos son
héroes denodados, valientes leones,
que ensalzan gloriosa la ibera nacion!

A S. A. R.

EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS,

AL CUMPLIR TRES AÑOS.

¡Tres años ya que la española gente
saludó reverente
del hispano dosel al heredero!
¡Tres años, que la aurora
nueva luz brilladora
nos demostró en su rostro placentero!
¡Tres años ya! ¡Cuán rápidos cruzaron!
Su frente sepultaron
coronada de gloria en el pasado,
y al hundir su memoria,
dejaron en la historia
para siempre su nombre consignado.
¡Angel de amor! Hermoso tu destino
te señala un camino,
que por su brillo al universo asombra;
en tu cuna se mecen los laureles
do vienen á postrarse los infieles,
y Alfonso XII la nacion te nombra.
Si los fulgores de tan gran fortuna
reflejan en tu cuna
hiriendo tu pupila soberana,

¡oh Príncipe! tu alma,
tambien verá la palma,
que esplendente, magnífica y lozana
conquistaron los once augustos Reyes
que con sus sabias leyes
y sus hazañas y brillantes hechos,
dejaron tal renombre,
que vivirá su nombre
siempre indeleble en los hidalgos pechos.
¡Ah! si tu vista, ALFONSO, se fijara
en esos grandes Reyes que te nombro,
su fulgor eclipsara
tu cerebro infantil, lleno de asombro.
Pero no importa: escucha, y si mi acento
grato le fuere á tu atencion augusta,
yo te diré el portento
de aquellos héroes que con faz adusta
ven los usurpadores,
y que con fuerte brazo y osadía
conquistaron un trono á tus mayores
y alzaron otra vez la monarquía.
Vuelve la vista atrás; ¿ves al primero,
al Católico Alfonso junto á Lugo?
Mírale mas allá, cuando altanero
supo imponer su yugo
á Ledesma, Zamora y otras plazas
donde se izara el pabellon ibero.
Fija tambien, señor, fija la vista
en el llamado el Casto,
por sus virtudes nobles y sencillas,
y verás que sus armas victoriosas

llevaron orgullosas
por do quiera el pendon de las Castillas.
Pero... ¿á dónde me lleva mi osadía?
¿Acaso relatar tantas hazañas
es posible en un dia?
¡Ah! no; empero, basta recordarte,
¡oh Príncipe reäl de las Españas,
que en tu cuna refleja el sol brillante
que iluminó las Navas de Tolosa,
despues en el Salado,
en Pavía, Bailén y Zaragoza!
Cesen, pues, los recuerdos, y la mente
que entusiasta se agita temblorosa,
admire solamente
de tu alba luz el irradiar divino,
y el brillante destino
que ofreces á tu patria venturosa.
Esta heróica nacion que se levanta
del polvo en que yacía,
hoy que sus triunfos canta
de su grandeza y su poder ufana
en himnos de armonía,
tierna saluda por el arpa mia
al hijo de su augusta soberana.

Madrid 28 de noviembre.

INDICE.

	Páginas.
Cuatro palabras de la autora	5
Alfonso el Católico, primera leyenda	7
Selima	9
Epílogo	53
Notas	55
Alfonso II el Casto, segunda leyenda	61
La Cruz de los ángeles	67
Notas	77
El triunfo de la Cruz, tercera leyenda	83
Á S. A. R. el príncipe de Asturias, con motivo de la guerra de África	101
Al ejército por la toma de Tetuan	105
Al príncipe de Asturias al cumplir tres años	107

EL VERJEL.

COMPOSICIONES

EN PROSA Y VERSO,

DE LOS SEÑORES

CASTELAR, VILLANUEVA, RIVERA, ALBUERNE, EGUÍLAZ, TRUEBA, RUBIO, VILLABRILLE, PALACIO, VALLARINO, MUNARRIZ Y ACEBAL.

1857.

MADRID.
AL LIBRO DE ORO,
calle de la Montera, n. 7.

PARIS.
BOSSANGE ET FILS,
quai Voltaire, 25.

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

MADRID. — IMPRENTA
calle del Ar

PRÓLOGO.

NADIE ignora que las obras de recreo son necesarias en todas épocas; por consiguiente aquí cerraria el prólogo, sino fuera porque me creo colocado en la imprescindible necesidad de tributar las mas afectuosas y espresivas gracias, á los Señores que han tenido la dignacion de honrar esta obrita con sus respetables firmas.

Recíbanlas, pues, de su obligado servidor

David Acebál.

INCONVENIENTES DE MADRID.

Madrid es un florido y ameno paraiso para quien tiene un buen capital; mas para quien no le tiene, es punto menos que el infierno.

Empecemos, pues, á demostrarlo.

La carestía de las casas de huéspedes causa un doloroso menoscabo en los bolsillos, y aflige el corazon del desdichado que por cualquier motivo, tiene que resignarse á permanecer en la coronada Villa, donde para desayuno es forzoso tragarse una jícara de chocolate, que aunque siempre *superior*, produce los mismísimos efectos que una toma de hipecacuana; lo cual contribuye notablemente á que muchos andemos mas ligeros que galgos por estas calles de Dios; ligereza que á la verdad á mí no me agrada nada, á pesar de tener bastante que correr.

Llega la hora de comer de mediodia, y es de rigurosa etiqueta que la patrona, el patron ó ambos, se sienten á darle á uno conversacion y á decirle el escesivo precio de los comestibles mientras dura la *comedia*; por supuesto, con el único y *filantrópico* fin de que no se *cargue mucho* el estómago, para evitar una terrible indigestion. Mas esto para mí no es ningun inconveniente, porque hoy — gracias á Dios y á la esperiencia,—he podido adquirir la habilidad de comer y hablar al mismo tiempo con el mas admirable desembarazo, y soy por fortuna bas-

tante despreocupado para engullirme cuanto mi apetito reclame.

Sigamos apuntando inconvenientes.

Supongamos que estamos en el estío; y entonces los adoquines queman sin compasion la suela de las botas, haciendo derramar mil amargas lágrimas por la sensible herida que causa en los bolsillos, la triste despedida de algunas carísimas monedas, que se trasladan á las inexorables manos de un maestro de obra prima, para ser acaso encarceladas en una sucia gaveta.

Suma y sigue.

Los torbellinos de polvo que levantan innumerables coches que constantemente cruzan las calles en todas direcciones, obligan á cepillar con frecuencia la ropa y la *chistera*, y esto produce otro disgusto, porque se les cae el pelo y pierden tambien el brillo.

Se ocurre mandar hacer algun recado á una regular distancia, y es preciso valerse de algun *gallego*, porque aquí son muy señores los sirvientes de las casas de pupilaje.

Pasamos al invierno y vamos á un baile á *Capellanes*. Se encuentra uno con amigas que viven en el Portillo de Embajadores y solo por cumplimiento se ofrece á acompañarlas; mas le atrapan por la boca como al pez, y como él vive, supongamos, al final de la calle de Hortaleza, le hacen andar una legua, renegando de su galanteria.

Vamos á otra cosa.

Una densa niebla es mas que suficiente para poner intransitables las calles, porque el inmenso gentio que incesantemente discurre por ellas, tarda bien poco en hacer *escelentes natillas* que embadurnan el calzado y dibujan caprichosamente el pantalon y á veces el gaban.

Si uno no quiere pasar por desidioso, tiene que cepillarse, y cepillándose ¿cómo es posible que aquel pantalon y aquel gaban cubran tanto como antes, si han perdido ya parte de su pelo?

¡Qué triste idea para quien solo cuente con un traje! ¡Cuánto economizará el *cepilleo*! ¡Cuánto...! pero punto y aparte.

Las glaciales brisas que el Guadarrama nos envia para refrescarnos á despecho nuestro pero á su sabor, hielan la nariz de modo tal, que á veces creeria uno haberla perdido, si no fuera por la contínua y copiosa fluxion que nos obliga á llevar á ella constantemente el pañuelo; resultando de esto un gasto cotidiano de lavandera y planchadora, porque en Madrid, lectores, nada se perdona.

Acosado del frio se cuela uno en el *Iris*, y pide café para entrar en calor.

Para cobrar dá media peseta que constituye todo su tesoro, y aunque el mozo tenga los bolsillos llenos de calderilla, dice generalmente que no tiene suelto y que vá en busca de los cuatro cuartos restantes, que es tanto como colocarle á uno en el caso de regalárselos graciosamente, ya por no esperar lo

menos una hora por semejante bagatela, ya por no merecer la calificacion de tacaño, que tan facilmente se prodiga en tales casos. Pero bien pronto se arrepiente de su generosidad, porque con los cuatro *calés* podia haber comprado un par de *tagarninas*, para desafiar con ellas á la sutil y penetrante brisa que corre.

Antes de atravesar la Puerta del Sol es preciso mirar de frente, á babor y á estribor, para no ser víctima de la torpeza de un cochero. Luego hay que abrirse paso por entre la compacta masa de una infinidad de ociosos, que allí pasan las horas recibiendo los consoladores rayos del astro luminoso; y entonces se necesitan cien ojos para librarse de los estudiados ardides de hábiles y astutos Cacos, que dejarian pasmados á los célebres prestidigitadores Macallister, Saint-Hipolite y Cervi.

¡Qué triste apuro para quien lleve un ojo vendado!

La presencia de los batidores de caballería anuncia la próxima llegada de S. M. Se detiene uno á verla pasar, y como sumiso súbdito, es muy natural que aun á trueque de constiparse, la haga una reverente cortesia quitándose el sombrero, sobre todo si vá en carretela abierta.

Llega la necesidad de hacer visitas, y como las distancias son tan largas, desgasta uno las suelas del calzado recorriendo interminables calles, para oir un seco *no está en casa*; pues es de advertir que

en Madrid *pocas veces está la gente en casa*, sobre todo cuando la visita huele á peticion.

Al regresar ocurre en el camino un *feliz tropiezo*.

Una modistilla ó cosa parecida, está recreando su vista en los escaparates de una confitería.

Su estraordinaria belleza y su seductora mirada, la hacen digna de un escogido requiebro, que es causa para trabar en seguida conversacion, porque ella contesta al punto con la amabilidad y esquisita gracia que es propia en las hijas del Manzanares. Pero ¡oh fatalidad! la *prójima* manifiesta deseos de embaularse algunos dulces, y el *prójimo* que no tiene con que mandar tocar á un ciego, se ve perplejo para hallar una evasiva honrosa, digna de un caballero *comm'il faut*.

Pero hay mas aun.

Si uno desea pedir dinero á un amigo, para fortalecer el estómago en la Fonda vieja del Cármen y ahuyentar la sofocante gazuza que le consume, se morirá irremisiblemente antes de encontrarle, si no pone á prueba su ingenio con la premura y el tino que el caso requiere; porque eso de hallar entre miles de garbanzos un garbanzo marcado, es tarea que exige largo tiempo.

¡Cuántos estómagos vacios se pasean por la Puerta del Sol esperando *el santo advenimiento* que nunca ó tarde llega!

En Madrid se aprende á vivir *camaleónicamente*.

¡Tan grandes son los adelantos que aquí se hacen! No hay que estrañarlo; es la Córte.

Pero volvamos á los inconvenientes, que son el tema de este articulejo.

Tan frio es el relente de la noche, que si uno se descuida en arroparse á la salida de la tertulia, café ó teatro, se espone á coger una pulmonia, que como por la mano le conduzca á la fúnebre mansion comun.

¡Terrible inconveniente! pero aun falta otro no menos terrible, para quien como yo aborrece el olor de la pólvora.

El estruendo imponente de la artilleria, las descargas de fusilería y el alboroto y griteria de la gente que corre como liebre perseguida, anuncian que ha estallado una revolucion, cuyas tendencias me cuido poco de averiguar, porque en tan grande aprieto solo ansío llegar pronto á casa, para ocultarme en el mas recóndito sótano; pero... ¡horror, horror mil veces! al cruzar despavorido por una calle, oigo *vivas y mueras* que resuenan en el espacio confundidos con el chasquido de las armas, y lo primero que se me ocurre es ofrecer una misa á la Vírgen de la Paloma, si logro escapar sano y salvo de tan terrible trance.

Por fin salgo de aquella calle, pero al entrar en otra me encuentro con los *zuavos* dispuestos á romper el fuego; y entonces obedeciendo á un irresistible impulso de *heroismo*, me precipito en el primer

portal que veo abierto, por no servir de estorbo á alguna bala, en su rápida carrera.

Temblando como un perlático, no por miedo sino por una cosa muy parecida, permanezco allí escondido y acurrucado cual conejo en la madriguera, hasta que alguno trae la nueva de la completa conclusion del drama que se ha estado representando, para divertimiento de malvados y curiosos y para sufrimiento de los que no lo son.

Entonces, y aun entonces con una buena dósis de *cerote*, me resuelvo á tomar el camino de mi casa con la velocidad del viento.

Lector, yo *confieso* francamente mi *pecado*, solo porque no quiero confundirme con los infinitos y detestables fanfarrones que pueblan el globo.

DAVID ACEBAL.

No moviendo las mandíbulas, no hay riesgo de que se rompan. Por consiguiente los pobres están de enhorabuena.

Quien quiera vivir pacífico
y sea en amar frenético,
tenga por buen específico
librarse de *lo magnético*.

A C....

Recuerdo, vida mia, que en la gentil mañana
cuando las cumbres dora de primavera el sol,
vagaba contemplando con emocion insana
los mágicos lugares do mi niñez corrió.

Y al céfiro flotando la desigual melena
que en naturales rizos jugaba con mi faz,
corria con el alma de inspiraciones llena
buscando espacio y mundo donde poder gozar.

Y del lejano rio la voz murmuradora
perdida por los aires paraba mi atencion,
como la voz sombria de cántiga en que llora
mancebo fabuloso, gigante trovador.

Y era el murmullo vago de brisa perfumada
jugando con la rosa y el pálido jazmin,
era el acento débil de silfa enamorada
sus alas desplegando de nácar y zafir.

El canto del jilguero me arrebataba el alma,
la flor con su perfume y el alba con su luz,
y loco y estasiado corria á hallar más calma
mirando del arroyo la superficie azul.

¡Oh vida de mi vida! si en el florido Mayo

cuando la tarde llega serena á declinar,
y de la luna débil el argentado rayo
difunde por el bosque su dulce claridad;

Si entonces cuando cruzan los ecos misteriosos
de espíritus que pueblan los aires con su voz,
inmateriales genios, etéreos, vaporosos,
de la alma poesía, del virginal amor;

Vinieras dulcemente tus ojos levantando
para admirar conmigo tan encantado Edem,
y oyera en el silencio tu acento dulce y blando
para templar el fuego de mi abrasada sien;

Entonces ¿qué más gloria lograr apeteciera
yo triste, que en el mundo para llorar nací?
¿qué más que de tus ojos mirar la luz quisiera?
¿qué más que junto al mio tu corazon sentir?

¡Oh! ven allí, mi cielo y encanto de mi vida,
recuerdo que perenne conmigo siempre vá,
ven, tímida paloma, mi patria te convida
con sus vírgenes goces á sonreir y amar.

¡Si vieras qué bellezas!.. El aura vagarosa
murmurará en el lago con apacible son,
y sus olas de plata la ondina voluptuosa
con leve planta hiriendo recorrerá veloz.

Y cantará en el soto para alejar tus penas
el ruiseñor amante custodio de su bien,
y te darán aromas los lirios y azucenas,
y alfombra los jazmines que crecen á tus pies.

Sí, ven allí, mi cielo, que allí hay fuentes que giran
por el florido césped con suave murmurar,
y hay tórtolas que gimen, y alondras que suspiran,
y campesinas flores y calma y soledad.

Y sentirás de noche, desde el cimiento pardo
del árabe castillo que el tiempo derribó,
la vaga cantinela de enamorado bardo
como el osado genio de antigua tradicion.

Y escucharás acaso de entre la tosca ruina
sentimental querella periódica salir,
y mirarás errante la sombra peregrina
de vírgen que encontrára su cuna y tumba allí.

Ven, y veremos juntos en la gentil mañana
los valles que colora desde el oriente el sol,
y del ruinoso alcázar la gótica ventana
donde derrama ténue su postrimer fulgor.

Te adoro ¿no lo sabes?.. Encanto de mi vida,
conmigo tu recuerdo perenne siempre vá;
por tí, blanca paloma, tornó mi fé perdida,
por tí volví en mis penas á sonreir y amar.

¡Te adoro! de mi patria bajo el sereno cielo,
como en perdidas tierras te adoro lejos de él;
y cuando deje, vírgen, el miserable suelo,
en la segunda vida te adoraré tambien.

FAUSTO LOPEZ VILLABRILLE.

SONETO.

A...

¿Ves ese arroyo que la red florida
rompe en que nace su corriente grata,
y ufano crece y corre y se dilata
y es de los campos que fecunda, vida?
Torrente luego en espumosa huida
las flores y los troncos arrebata
hasta que turbio su cristal de plata
muere en las ondas de la mar temida.
Así es el hombre, hácia el amor se lanza
y su existencia á la virtud ofrece;
tirano luego cuando el premio alcanza
Mengua en ternura y en rigores crece
hasta que débil á la tumba avanza
y en el mar del olvido desparece.

JOSÉ J. VILLANUEVA.

Por esta pícara tie-
paséanse ciertos hom-
que á veces se confundie-
con los que habitan los mon-

EPIGRAMAS. (1)

IV.

A Perez le dijo Lera:
Tener caballos quisiera
por pasearlos y correrlos;
y aquel dijo: pues yo diera
cien duros por no tenerlos.

V.

Un lindo cuadro miraba
cierto estudiante *tronera*
y al pintor aseguraba
que si su Tio lo viera,
por él su fortuna daba.

(1) Por la numeracion de los epigramas, notará el lector la falta de los tres primeros; pero eso consiste en...., en que se han quitado.

El pintor sin ningun ruego
el cuadro le llevó al tio,
y este dijo: desde luego
diera yo, querido mio,
mis bienes por no ser ciego.

VI.

Un *probo Escriba* pidió
guantes á Juan cierto dia,
y entre dos mil que probó,
ni un solo par le venia.
Miró Juan al Escribano
y esclamó sin vacilar:
¿cómo guantes á su mano
pretende usted ajustar,
teniendo mas largas uñas
que las rapaces garduñas?

VII.

Que la cabeza de Juan
alababan, supo Arriones,
y ufano dijo á Roman:
—más la mia alabarán
por sus grandes dimensiones.
Roman dijo con presteza:
—sin que nadie me lo mande
voy á hablarte con franqueza;

Juan tiene una gran cabeza
pero la tuya es muy grande.

VIII.

A su cotorra, una Inés
daba besos abundantes;
yo la dije: ¡qué bueno es
amar á sus semejantes!

DAVID ACEBAL.

MIS BOTAS.

I.

Una vez necesitaba yo dinero. ¡Cosa rara, necesitándolo todos los dias! Con este motivo escribí á mi padre para que me enviase alguna letra, y él me envió todo el alfabeto dentro de estos renglones.

«Querido hijo: Conociendo que estás apurado, te envio 40 reales para que salgas de apuros. ¡Goza del mundo, hijo mio, que aquí está tu padre para darte cuanto necesites!...»

Al recibir los cuarenta reales me dije: no sé si tomar criada ó ponerme á servir.

Entre mis muchas necesidades, era la primera,

la base de mi infortunio, el fundamento de mi *tormenta*... la de las botas.

Fuí á casa de un zapatero desconocido; me gusta todo lo nuevo, no por temor á los *ingleses*, sea dicho de paso. Despues de dar vueltas y rebuscar lo mas conveniente, me convencí de que no podia comprar mas que unas prosáicas medias botas de becerro. Encargué que las hicieran estrechas, con el tacon alto, delgado y sonoro. Al dia siguiente se vistieron mis pies de gala.

II.

Nadie diria que la caña de mi calzado no pasaba de la caña de la pantorrilla.

El pantalon se encargaba de cubrir lo que faltaba.

En esto hacia yo lo que las señoras mujeres: cubrir una necesidad con un poco de paño.

¿Es acaso oro todo lo que reluce? Esto me daba aliento. Pues qué, ¿esa figura redonda, contorneada, que cruza por la calle llevándose los ojos y el alma de los transeuntes, no hace lo mismo que yo?

¿Qué hay debajo de aquella falda de seda? Acaso una enagua, debajo de la enagua un miriñaque, debajo del miriñaque un refajo, debajo del refajo otra enagua, y luego la... y luego lo... y allá en lontananza un escrúpulo de mujer.

El mundo social sufre las mismas peripecias que

el mundo físico. La fealdad del alma se cubre con una cortina de sonrisa, la mala fé con el terciopelo de las palabras, y el amor con oro ó con simples napoleones.

Así vemos en estos tiempos salir á la superficie las ranas del fango; un frac negro, una cruz, un semblante amable, ocultan á veces una vida depravada.

Y se oyen continuamente diálogos como este:

—¿Hombre, conoce Vd. á fulano?

—¿Pues qué, no está en presidio?

—¡Cá! no señor, es marqués.

III.

Alentado por el buen éxito de mis pies, es decir, por la manera de ocultar lo que faltaba á la caña de mis botas, llevé mas adelante mi osadía, y me hice las siguientes reflexiones:

Considerando que los hombres se ponen peluca para estar mas feos que sin ella;

Considerando que las mujeres delgadas parecen gruesas, pues sustituyen con algodones las protuberancias mas fascinadoras;

Considerando que se pintan la cara, la blanca para parecer fea y la morena para no parecer nada;

Considerando, por último, que medio mundo se rie del otro medio, vengo en decretar lo siguiente, sin mas preámbulo:

Artículo único.—Charolaré mis botas y me pondré á la altura de la ilustrada sociedad.

Héme ya por los pies en pleno siglo XIX.

Puedo presentarme en todas partes, pisar alfombras, aproximar mi pié á la botita de una jóven, sin temor á que la áspera vista del desvergonzado becerro denuncie mis cuarenta reales.

Soy feliz por los pies como Caltañazor, como la Concha Ruiz, como la Cerito. Poseido de este pensamiento, y en uso de las facultades que me concede el charol, voy á pasear al Prado, y este Carnaval luciré ó dejaré que se luzcan mis botas bailando una *Bolanchera*.

IV.

¡Oh fragilidad! Cuando soñaba con tantos triunfos, mis botas comienzan á reirse. ¿Sabeis lo que significa la sonrisa de una bota? Es mucho peor que la sonrisa de Mefistófeles.

Una bota que se rie, es una herida que se abre en el alma... una cruz que dice: aqui falta algo.

La risa de una bota hace mas daño que una pistola, porque mata lentamente.

En vano con desesperado afan la aplicaba yo la brocha pringada de charol. Siempre por aquella rendija insolente asomaba su cara de Pascua, el blanco calcetin.

De nada sirven el reluciente negro del charol, la

puntada previsora, ¡imposible! Alli acaba una *cosa*. Por su muerte dobla el corazon, como una campana, con latidos frenéticos.

Dadle albayalde al rostro de una vieja; dadle tinta á las canas de la ancianidad; dadle corsés á la decrepitud, besos al moribundo, ¡tiempo perdido! La vida pasa como las botas; la sonrisa del charol es la oracion del que se vá...

Está visto; con el brillo falso he apresurado la muerte de mi calzado, quemando la piel, y ahora se notan doblemente las grietas de la ancianidad, en la tersura que le dá la brocha.

Si yo fuera tan filósofo como el señor Campoamor, el de las *doloras*, sacaria de esto una consecuencia, toda vez que no puedo sacar cuarenta reales para comprarme otras.

Entre tanto me encierro en mi casa y envio á mis amigos esta tarjeta:

«Mis botas han parido un Mefistófeles que se rie siempre.»

LUIS RIVERA.

Mr. Chapelin decia que aun las mujeres de mas talento, no tenian nunca mas que la mitad de la razon.

La mujer, decia él, es una criatura humana *qui s'habille, babille et se deshabille.*

AL LECTOR.

Proporcionarte un solaz
pretendo, con la lectura
de una carta de *Alifaz*
que hallé para *Matadura*. (1)
Allá vá
yo no sé
si á ti te
gustará.

DAVID ACEBAL.

Madrid 17 de Octubre de 1856.

Siempre con horror miré
la mujer y el matrimonio,
pero me tentó el demonio
y un dia me enamoré.
Mas no creas... ¡torpe error!
que en mi pecho de granito
fomentar pueda un palmito,
frenético y puro amor.
No por cierto: solamente
del dinero la hermosura
me causa fuerte locura
y una pasion vehemente.

(1) El apodo de este *nene* hace presumir que esté emparentado con el calavera Alifaz.

¿Y quien resiste á ese encanto
en una de veinte Abriles
que tiene cincuenta miles
de los que ahuyentan el llanto?
Cualquiera duda á qué casta
de animales pertenece,
porque su facha estremece;
mas tiene dinero y basta.
Si la vieras, Matadura,
¡Jesus! dirias ¿qué es eso
mas que un armazon de hueso
y horrible caricatura.—
Yo tan solo me hago cargo
que vale miles de duros,
con los cuales no hay apuros
y dulce vuelven lo amargo.
Y tengo el convencimiento
de que en el siglo que corre
no hay mancha que no se borre
con oro ó plata al momento.—
Por eso me dí gran prisa
á fingirla amor sincero,
diciéndola zalamero
que es mi vida su sonrisa.
Logré ser correspondido;
y por verme en posesion
de su buena *educacion*,
á pedirla me he atrevido.
Pero el Padre es un *lagarto*

mas sutil que el mismo viento,
que como todo avariento
jamás de oro se vé harto.
—No sabe usted, Alifaz,
me dijo, cuanto es preciso
para obtener el permiso
que pretende usted audaz?
—Lo ignoro.—Pues le prevengo
que mi asenso está tasado
en un millon bien contado,
y que á menos no me avengo.
—¿Cómo así?—Tiene mi hija
un dote soberbio, y creo
que no es grande mi deseo
si en él la atencion se fija.

De engatusarle traté
con toda mi sutileza,
mas tuvo mucha firmeza
y con el *no* me marché.
Á la verdad daba gana
al oirle hablar del dote,
de cascarle en el cogote
una *piña soberana*.
La envidiada Telesfora
como buena Madrileña
en amarme mas se empeña
y por mí sin cesar llora.
Esto hará que yo irritado

invente alguna diablura,
porque el prurito me apura
de atrapar un buen *puñado*.
Cuando una noche los dos
de la tertulia salgamos,
hasta Pekin no paramos
y á Dios, Madriles, á Dios.
Luego que hayamos llegado
á la capital de China,
le escribo una carta fina
al papá-suegro burlado.
¿Y será este por ventura
tan perverso, tan infame,
que á la Telesfora no ame
por tan simple travesura?
Tan desnaturalizado
un padre no puede ser,
solo por no merecer
del público, vil dictado.
Á mi carta zalamera
responde con suma fuerte
para mejorar la suerte
de su hija aventurera.
Esto es lo mas natural;
ya soy feliz, caro amigo.
Verás que pronto consigo
poseer un gran caudal.
Y mientras dure le *tela*
¿quién me verá por Pekin

ser de modas figurin
y paseando en carretela?
Fumaré buenos *habanos*
y sorberé rico Rom,
y no faltará racion
á los pobres, mis hermanos.
Seré entonces muy cortés,
muy sabio y acaso santo,
y el que hoy me apuñala el manto,
zurcidor será despues.
En disipando el caudal
le digo á la Telesfora:
Se concluye desde ahora
el tratado conyugal.
Y como una exhalacion
me planto donde haya guerra,
para hacer temblar la tierra
con mi arrojo y decision.
Quiero ser hombre de historia;
mas si una bala atrevida
pone término á mi vida
¿qué importa? muero con gloria.
Inmolar es preferible
la vida de esa manera,
que no consagrarla entera
á mujer que es tan horrible.
Vale.

Alifaz.

EL LABRADOR.

El labrador es rey en la naturaleza, pero esclavo en la sociedad. Los cielos ofrecen rocío á su obra, el sol la fecunda, el aire la regala sus mas dulces suspiros, la tierra la alimenta, las estrellas velan sus noches, y todos los ecos de la creacion son cantares, que, ó celebran su nacimiento ó lloran su muerte. Todos los gérmenes de vida que el aliento del Creador esparció en los espacios como semilla de los seres, se fecundan y brotan, y crecen al soplo del labrador. De suerte que sus brazos son como el instrumento de que Dios se vale para perfeccionar la naturaleza.

¡Qué hermoso es, cuando el Cielo se esmalta con el azul riente de la primavera, y la tierra comienza á dar el jugo de su sávia á los árboles, ver desde la humilde cabaña, ni envidiado ni envidioso, las primeras blancas y rojas flores que dá el almendro, las primeras mariposas que rompen su capullo, y se bañan en suaves aromas, siendo como pétalo animado de las flores; la primer golondrina que cansada de su larga travesia, se posa en la cúspide del campanario, como atraida por un ciego sentimiento religioso; pues de esta suerte es el alma como relámpago de la luz increada, como eterno eco de las armonías de la creacion, y vive la vida universal que desciende á raudales de los cielos. El labrador ofrece

á la sociedad los tributos de la naturaleza. Suya es la vela que el marinero estiende para aprisionar los vientos; suya la seda en que se envuelve el magnate; suyo el blanco lino que viste el niño en su cuna; suyos son todos los velos con que se resguarda el cuerpo de las inclemencias de los elementos, por que es como el mediador entre Dios y la naturaleza, entre la naturaleza y el hombre. Y cuando viene la estacion de las lluvias, arroja el trigo en la tierra, depositando en él todas sus esperanzas, que reverdecen al verlo brotar, hasta que el sol del estío lo dora y entonces cuidadoso lo recoje con deleitoso afan, y alimenta á infinitos seres; pues sus manos, siempre avaras de los tesoros de la vida divina, lo reparten entre los hombres.

Y sin embargo, pobre obrero de Dios, que así contribuyes á realizar sus fines, que recojes en tus manos el rocío, que llevas las fuentes de la vida á los labios de todos los hombres, ¿cómo no se han ocupado los hombres de tu suerte? Los mismos que visten esa seda, que sin tí nunca se viera tejida; los mismos que te deben esos ricos alimentos, te menosprecian, te olvidan. Cuando una jóven del gran mundo, marchita entre los rizos de sus cabellos una flor, no se acuerda del pobre que la arrancó á la tierra consagrándola cuidados inmensos, poniendo en ella todos sus pensamientos para que el sol no pudiera abrasarla, ni desvanecerla el viento, ni ahogarla en sus torrentes la lluvia, ni roerla los insectos; y cuan-

do seca y casi deshojada la arroja de sí, ignora que las lágrimas del pobre labrador acaso se mezclarian en aquel cáliz con las lágrimas del rocío. Pero el labrador no se cura del mundo; trabaja por que trabaja, como el ruiseñor canta sin saber si sus cantares se perderán en los aires ó irán á regalar con sus acentos, enamorados corazones.

El labrador, al borde de su era, rodeado de sus mieses, bajo un árbol que deja caer sobre él sus ramas, ofreciéndole regalados frutos; recostado en el lomo de uno de sus bueyes, que uncidos le miran sumisos como si se apercibiesen al trabajo; viendo cruzar por los aires la blanca paloma, á quien presta asilo, y sestear á sus plantas los corderillos que apacientan, entonando al par cantares melancólicos que se parecen al ruido de las hojas secas en el Otoño, es un artista de la naturaleza.

¿Qué pintor trazó jamás una flor como la flor del almendro, que parece copo de nieve dorado por los rayos del sol poniente? ¿Qué poeta sacó jamás á su arpa sones tan melodiosos como esos cantos populares que al caer la tarde, cuando la campana de la oracion saluda á los nacientes astros, levantan al Cielo perfumados en el amor divino los pobres labradores? ¿Dónde hay un cuadro mas bello que una de esas campiñas meridionales, arregladas por el trabajo del pobre labrador, en que las vides se estienden formando verdes alfombras por los suelos, y se levantan el sombrio olivo, el limonero y el naranjo,

cargados de frutos de oro y flores de plata, que como pebeteros orientales, llenan de aromas los aires, y sobre tantos árboles de vario verde matizados se eleva la palmera, destacándose su orgullosa corona en el azul del firmamento? Pero como el poeta en estos tristes tiempos, el labrador lucha con la sociedad y la naturaleza.

Esperemos en Dios que algun dia la sociedad recordará que los brazos del labrador, como la vara de Moisés, le abren las fuentes de la vida.

EMILIO CASTELAR.

¿Qué diferencia existe entre un espejo y una mujer?

Es que el espejo *réfléchit sans parler*, y la mujer *parle sans réfléchir*.

Entró un borracho en una taberna, pidió una copa de vino, y para cobrar dió una peseta falsa. Ocupado el tabernero con otros parroquianos, le entregó la vuelta de la moneda sin repararla; pero luego notó que no era corriente, y salió en busca del borracho, al cual encontró tendido en el portal inmediato arrojando espumarajo y vino, y le dijo:

—Tome V. esta peseta que es falsa y no la quiero.

—Pues llévese V. este vino, dijo el borracho, que tampoco lo quiere mi estómago, por ser demasiado malo.

SONETOS.

I.

PANCRACIA LA SOLTERONA.

Dotada de descoco y desparpa jo,
carece la Pancracia de cote jo
para hacer una criba del pelle jo
de pícaros y probos sin traba jo.
Como aquel que los ojos unta de a jo,
llora á torrentes por tener corte jo;
pero ¡quiá! ni con todo su despe jo
no consigue atrapar ni un calandra jo.
Su mísera alma mortifica el pu jo
de hacer hoy *papelon*, y es casi fi jo
que tan solo por eso gaste lu jo.
Á los *pollos* prepara un armadi jo;
mas de él huyen, y ahógala el eno jo,
por tener de *casaca* vivo anto jo.

II.

LA PEPA.

Pequeños ojos garzos, ancha ce ja,
narices afiladas cual nava ja
tiene la Pepa, y como rica alha ja,
una boca rasgada hasta la ore ja.
A todos, á pesar de no ser vie ja,
á comer sin los dientes aventa ja;
maneja que es un gusto la bara ja
y á los mas *guapos* sin dineros de ja.
El arte no conoce de la agu ja,
mas si algun petimetre la sonro ja
en la cara un buen *siete* le dibu ja.
A los peligros con valor se arro ja,
mereciendo el epíteto de bru ja
porque al mar que se tire no se mo ja.

DAVID ACEBAL.

Un *Censor* en Santander
causaba gran ruido ayer
discurriendo con los codos;
pero ¡ay triste! se murió
segun diz, porque... aburrió
con sus censuras á todos.

FLORES Y NIÑAS.

De flores cantor eterno
Me hizo el cielo ó el infierno,
Y allá voy por esas viñas
Que ni el demonio me agarra
Con mi andaluza guitarra,
Cantando flores y niñas.
Pesada halla mi cancion
Quien no tiene corazon;
Mas yo en mi entusiasmo ciego,
Homero de los amores,
Primero os canto las flores
Y os canto las niñas luego.
Y no al gran vate me igualo
Que á su lado soy un palo;
Respeto al ciego cantor:
Mas aunque su sombra riña,
Mi Iliada es una niña,
Mi Encida una pura flor.
Seguid á Homero y Virgilio,
Dejadme á mí con mi idilio:
Admirad esos cantores,
Y si mi pluma desbarra,
Dejadme con la guitarra
Cantando niñas y flores.
Dejadnos ir á los dos
Por esos mundos de Dios,
Y echarnos por esas viñas:

Toda region es hermosa,
Que en todas hay una rosa,
Y en ninguna faltan niñas.
Si los hombres pensadores
Se rien de oir mis flores,
No me arranco los cabellos;
Que aplaudir niñas escucho
Y me gustan ellas mucho...
Muchísimo mas que ellos.
Subíos, pues, á la parra,
Y.... ven acá, mi guitarra,
Que en tierna melancolía
Con música melodiosa,
Quiero cantar una hermosa
Y una flor de Andalucía.
No creais que dos objetos
Pueden á la vez sujetos
Estar en mi corazon
Siendo mis inspiradores;
Que las niñas y las flores
Una misma cosa son.
Hermosas, puras, fragantes,
Delicadas, inconstantes,
En mundo de amor se agitan,
Y mústias, á la mas leve
Ráfaga que el viento mueve,
Flor y niña se marchitan.
Coquetas en su inocencia,
Tienen del amor la ciencia,

Antes de saber su nombre
ó de respirar su aliento:
Unas juegan con el viento
Y otras juegan con el hombre.
Mirad la flor cuan galana
Al albor de la mañana;
Mirad la niña hechicera
Al romper la sombra el dia...
¡Qué raudal de poesia!
¡Cuánta rosada quimera!
Miradlas al arrebol
Del bello, ardoroso sol,
Pudorosas, palpitantes,
En mitad de su carrera...
¡Cuánta rosada quimera
En tan supremos instantes!
Y allí... en su decrepitud,
Cerca ya del ataud
Cerca del último dia,
Mústias, rotos los alientos...
¡Lejos tales pensamientos!
¡Cantemos, guitarra mia!
Saltemos los dos la barra
Y... ven acá tú, guitarra,
Que mis cantares aliñas.
Allá voy con mis amores...
¡Corro al cantor de las flores!
¡Corro al cantor de las niñas!

LUIS DE EGUÍLAZ.

EL SIGLO DE LAS LAMPARAS.

Al ver hoy vapores de hélice
Y submarinos telégrafos,
Y los globos aereostáticos
Que hendiendo los mansos céfiros
Vemos ascender impávidos
Á la region atmosférica
Que solo visita el águila:
Al ver atrevidos túneles
Abrir paso á ese vehículo
Moderno, que cual relámpago
Recorre en un plazo efímero
La superficie de Bélgica:
Y al ver hábiles políticos,
Y escelentísimos músicos,
Gasómetros y cronómetros,
Y en vez de pajuela fósforos;
Hay personas tan estólidas
O por lo menos tan cándidas
Que creen que en esta época
Todo avanza á paso rápido.

Aunque no tengo el espíritu
Que dió natura á Aristóteles,
Ni el magin del que la pólvora
Inventó, para hacer víctimas

Y el mundo bañar en lágrimas,
Tampoco soy un gaznápiro
Para no ver que ni un ápice
Avanza el humano género
En esa ciencia evangélica
De la virtud, que es la única
Que darnos pudiera ubérrimos
Frutos sabrosos y sólidos.
Y que la virtud exánime
Exhala ya el postrer hálito,
Pruébanlo nefandos crímenes
Y abominables escándalos
Que en las naciones católicas
Se suceden sin intérvalo
Como si salvajes fuésemos.

Sin la virtud es quimérico
Soñar en un dia próspero.
Es la virtud cual la brújula
De un bajel: sin ella es rústico
Quien cree no ser hoy náufrago
Del mundo en el vasto piélago.
¿No vemos do quier ejércitos
De reales vivientes mártires?
Pues pábulo son de pícaros
Dañinos como la víbora,
Que obedeciendo las órdenes
Un dia, del UNIGÉNITO,
Bajarán cual rayo al báratro

Para hacer *per omnia sæcula*
Compañia á Mefistófeles.

D. ACEBAL.

EL CERRILLO DE SAN BLAS.

Vaya á la Plaza de Oriente
la peligrosa Mamá
centinela de las niñas
que en busca de novio van,
almidonada la falda
que quiso ser de percal...
que yo me voy al cerrillo
al cerrillo de San Blas.

En la Fuente castellana,
paraiso terrenal
donde entre tiernos capullos
amor escondido está:
donde nunca faltan Evas
y siempre sobre un Adan,
gocen en ardiente estio
el ambiente matinal
encantadoras deidades
que hechizan con su mirar...
que yo me voy al cerrillo
al cerrillo de San Blas.

Amantes que por oficio
teneis el idolatrar
á las unas por morenas,
por rubias á las demas;
que os mirais en vuestras botas
y soñais con vuestro frac,
si habeis placer en el Prado
persiguiendo á la beldad
que se aleja de vosotros
solo porque en coche va,
seguid vuestros fingimientos
y en el Prado pasead...
que yo me voy al cerrillo
al cerrillo de San Blas.

Desde los bancos de arena
de su falda desigual,
á mis pies veré la Corte
confusa serpentear,
como rio que se pierde
en vasto cañaveral.
Y si su aspecto me enoja,
evocaré de otra edad
recuerdos que solo tiene
el cerrillo de San Blas.

Desde su cumbre contemplo
siglos tras siglos pasar
y cada cual en sus quiebras

dejando una historia va:
que para el que libros abre
y secretos sabe hallar,
es un campo de Agramante
el cerrillo de San Blas.

En los recuerdos que viven
de aquel famoso atochar
donde entregaron sus cuellos
al acero musulman
las hijas del rico-dalgo
Garci-Ramirez, por dar
raro ejemplo de pureza
y castellana lealtad.
Y si con sangre tan pura
miró su yerba regar,
nobles recuerdos encierra...
el cerrillo de San Blas.

Citas amorosas, duelos
que aun Moreto llorará:
escenas tírsicas, bailes,
juegos, meriendas, solaz
de velos y rebocillos,
promesas, votos quizá
que entre la nocturna sombra
repite el viento fugaz:
ofensas y desagravios,
deleites, pena mortal;

todas cuantas aventuras
el amor sabe fraguar,
renombre dan al cerrillo
al cerrillo de San Blas.

Aun resonando en el viento
las notas del coro están
que en Atocha celebraron
las fiestas de Navidad.
Aun del monje penitente
cruza la sombra fugaz
desde los átrios sombríos
al solitario olivar,
sin que el rumor de la Villa
alegre su triste afan;
que es barrera entre el convento
y el deleite mundanal,
el celebrado cerrillo
el cerrillo de San Blas.

Aun al pie de los arbustos
que sombra á su falda dan,
Dueña y Rodrigon platican;
y dos pasos mas allá
en muy amoroso diálogo
disfrutan dama y galan:
ella velado el semblante,
él descubierta la faz,
ella negando favores,

él suplicando piedad,
á título de una historia
que el mundo ignorando está,
porque á nadie la ha contado
el cerrillo de San Blas.

Aun á pesar de los usos
que en guerra con él están,
pláceme desde su altura
mirar el sol declinar,
ora inundando de fuego
los árboles del canal,
ora con pálidos rayos
iluminando al pasar
las gigantes y sombrías
paredes del Hospital.
Y aun en las tardes de invierno
pláceme allí conversar
con el veterano inválido,
que en alegre vecindad
vive contando sus cuitas
al cerrillo de San Blas.

JOSÉ J. VILLANUEVA.

Decia Aristóteles, y con razon, que si bien era de vanidosos el alabarse á sí mismos, tambien era de tontos el vituperarse.

A MUCHOS POLLOS. (1)

Que tengais desfachatez
y punible avilantez
para hollar mas de una vez
á la virtud mas cabal;
está mal.

Mas que se mofe una *polla*
de vuestra mísera cholla,
y que prefiera una argolla
á aquel que á elegir la dén;
está bien.

Que todos hableis francés
para aturdir á quien lo es,
y que useis fuertes corsés
de ballenas ó metal;
está mal.

Mas que con vuestra melena,
que la sencillez condena,
logreis que de enhorabuena
los peluqueros estén;
está bien.

Que con sandeces insólitas

(1) Creo que esta informe y rara composicion, es la mas adecuada para hablar á quienes va dirigida.

hirais sin piedad el tímpano
de todo el humano género
creyendo pasar por Sénecas
en la opinion general;
está mal.

Mas que la *charla* antipática
que teneis, *pollos* insípidos,
ponga en el caso á una tórtola
de daros, siendo ella pródiga,
desaires á *tutiplen*;
está bien.

Que paseis largos intérvalos
dando al bigote cosmético,
en vez de estudiar retórica,
lógica, física y química
y religion y moral;
está mal.

Mas que por estos versículos
que escribí tan impertérrito
os declareis mis acérrimos
enemigos, y que tísico
verme querais, ó de un álamo
colgado por buena pécora
per omnia sæcula Amen;
nadie dirá que está bien.

D. ACEBAL.

AMOR CONSTITUCIONAL.

Haciendo *votos* al Cielo
por lograr, Julia, tu amor,
un dulce *sí* de tu boca
fué mi triunfo en la *eleccion*.
Y á fé que mis garantías
se desvanecieran hoy
si á mi *discurso* amatorio
hubieras dicho que *no*.
Pero un *sí* dió fin al *acta*
de mi *manifestacion*,
y el eco de la *montaña*
secundó, Julia, tu voz.
Si tu Mamá en la *tribuna*
de su maternal amor
toma la palabra en contra
haciendo la *oposicion*,
juro *dejar la cabeza*
á las puertas del salon,
antes que ceder un ápice
que no sea en nuestro *pro*.
Si tú *neutral* te mantienes
en medio de la *sesion*,
un voto particular
formula al punto mi voz.
Cuenta que la *mayoria*
siempre he de tenerla yo,

que tu cariño y el mio
son dos *influencias*, dos.
¿Qué podrá hacer la *derecha*
de tu Mamá, si el fervor
de mi *lógica* la obliga
á que nos dé la razon?
Ella es dueña de las *arcas*
del tesoro de tu amor;
mas yo que te sirvo bien
te saco *contribucion*.
Una Mamá, si se trata
de nupcial *constitucion*,
reina solo y no gobierna;
tales las prácticas son.
El *presupuesto de ingresos*
á la Mamá se lo doy,
mas del de *gastos* ya haremos
por encargarnos los dos.
Yo *redactaré* las *bases*
de la conyugal union,
concediéndole *amnistía*
á tu celoso furor.
Habrá siempre para tí
libertad de discusion;
para tu Mamá la *hacienda*
y si es de tu agrado, yo
me encargaré desde luego
del *ramo* de lo *interior*,
donde no faltan escollos

para el que empuña el timon.
Yo te quiero, Julia mia,
como quiere el *orador*
aplausos en la *tribuna*,
en el *centro* aprobacion;
como quiere el *banco azul*
mayoria en la sesion;
y por último te adoro
como se adora al *turron*.
Ni aunque fueras *presupuesto*
te amára con tanto ardor,
que eres para mí mas grata
que el sueldo de la Nacion.

LUIS RIVERA.

Las mujeres, haciéndolas justicia,
á los hombres esceden en malicia.

Es cosa ya muy probada
que el que en los dias de prueba
no desenvaina su espada,
se engulle una rica breva.

Arder merece en horroroso fuego
quien dice: *primum mihi secundum ego*.

LA HUMANIDAD.

Del mundo las edades,
Alzadas sobre el tiempo, que es su historia,
Crean el sol que rompe oscuridades
Y, penetrando ignotas soledades,
Del hombre alumbra la potente gloria.
Á los puros reflejos
De esa vívida luz, faro del alma,
De la idea en los mágicos espejos
Se mira en lo pasado de muy lejos
Brotar del porvenir la verde palma.
Del misterio la sombra
Traspone la exaltada fantasia,
Los eriales convierte en rica alfombra,
Noble águila caudal, reina se nombra
Y volando y volando busca el dia.
La sublime grandeza
De los siglos heróicos vé en la altura
Y corona del genio la cabeza
Que, señor de la audaz naturaleza,
Su imperio á disputarle se aventura.
Por altos sentimientos
No satisfacen su ambicion osada
Del antiguo poder los monumentos
Ni de la nueva ciencia los portentos
Y escribe en su blason: ó *todo ó nada*.
Gigante no vencido
La pelea redobla sus arrojos,

Busca el bien en la tierra que ya es ido,
Y cuando sueña el suelo florecido,
Ciegan su vista en nubes los abrojos.
Las espinas agudas
Irritan su dolor y su ardimiento,
Y al dudar de su fé con fé en sus dudas,
Tiende al cielo otra vez sus alas rudas,
Llama á Dios y es su Dios el pensamiento.

. . . . . .

¿Por qué de muerte herida
Vá la mente otra vida así anhelando
Si la vida que quiere no es la vida,
Si su triunfo es la muerte combatida
Y el que vive al vivir se está matando?
¿Dónde está la ventura,
Que inquieta al corazon? ¿por qué al abismo
Cae si á otra region se alza mas pura?
Dios - hombre al hombre - Dios, su noble hechura,
¿Creó para contrario de sí mismo?
Si ciega y pecadora
La humanidad confúndese perdida,
¿Por qué no luce de su bien la aurora?
¿Por qué del vasto mundo la señora
Ha de ser, por ser grande, suicida....?

JOSÉ M. DE ALBUERNE.

El hombre debe siempre consultar con la mujer, para hacer lo contrario de lo que ella le aconseje.

LO QUE SOBRA Y APESTA.

Sobran pretendientes hasta para cargar la *cuba*.

Sobran chismosos y cuentistas.

Sobran amigos cuando no falta dinero.

Sobra lujo y farsanteria, y sobra miseria.

Sobra hipocresia y otras mil cosas, por el estilo, pero no es mi objeto hablar de nada de eso, y por tanto seguiré adelante.

Sobran pedantes ó sean faroles que no alumbran. Aqui hago alto.

Sobran porque para nada sirven sino es para aburrir al hombre de mas flema, y porque hay tantos en la tierra como camarones en el mar, y todos ellos juntos no valen un ochavo.

¡Siempre abunda lo malo!

Acaso parecerá hiperbólica esa comparacion y tal vez lo sea—pues yo no he contado nunca ni los pedantes ni los camarones, —pero fijando la consideracion en la abundancia que hay de unos y otros, creo que la comparacion merecerá el pláceme de la gente pensadora.

De lo anteriormente dicho se deduce, que la gran masa de pedantes es mas despreciable que un camaron, porque éste vale generalmente un ochavo.

Sobran tambien porque apestan. No se admire nadie de esto, porque es la pura verdad.

Cada pedante es una peste, y ya sabeis, caros lectores, que no hay cosa que mas apeste que la

peste. Pues bien: hablando se entiende la gente.

Probaré de un modo inconcuso que el pedante apesta, y hecho esto, quedará tambien probado que sobra.

Definiré el pedante antes de pasar á la demostracion ofrecida.

Pedante es el ignorante que tiene la presuncion de que nadie puede rivalizar con él en nada.

En algo no se equivoca, pues para murmurar, acicalarse, comer y estirar los *foques*, se pinta solo.

Vamos ahora al grano, despues de tanta pesada prosa.

La indolencia — cualidad peculiar del pedante— no le permite ver mas que la portada y alguna que otra hoja de los libros que en su mano toma, pero su ilimitado orgullo, no solo le permite sino que le impele á lanzarse con intrepidez al campo de la discusion, y sostener ciegamente el mayor absurdo, pero sin saber pergeñar y presentar ni siquiera un sofisma de *mala muerte* como el vulgo dice. Mas abundando en este mundo la ignorancia tanto acaso como la miseria, la mayor parte de los hombres se halla privada de juzgar con acierto, y al ver el tono de seguridad con que el pedante habla siempre, le escucha como á un oráculo, le admira, le imita. De manera, que el pedante con un aire de sabio, imbuye estravagantes ideas y teorías en el ignorante, ni mas ni menos que como la peste deposita su veneno en nuestra sangre hasta que la inficiona y corrompe.

¡Así hay tan poca ilustracion! ¿Qué estraño es, siendo tantas las vaciedades que se oyen?

De lo dicho se desprende sin esfuerzo alguno, que si grandes son los estragos que la peste causa, mayores son los que hace en la sociedad la presuncion del pedante, por ser segun queda demostrado, como la antítesis de la civilizacion.

Pero hay mas aun.

Desconociendo el pedante la verdadera acepcion de la mayor parte de los vocablos, y sobre todo de los campanudos á que es tan aficionado, hace generalmente una desgraciada aplicacion, un uso intempestivo de ellos, corrompiendo dolorosamente el idioma, y apestando y embruteciendo mas á los ignorantes, que como dicho queda, son por desgracia la mayor parte de la sociedad.

Creo, caros lectores, que ahora estareis penetrados de que el pedante es una peste contagiosa, es decir, menos tolerable que el cólera, porque este segun la opinion general, no es contagioso.

¡Qué falta de peste que acabára con esta otra peste! Los pedantes fueron la causa de que el memorable Iriarte escribiera aquella aguda fábula que concluye:

. . . . . .

«Sí, que hay quien tiene la hinchazon por mérito
y el hablar liso y llano por demérito.
Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
cláusulas y metáforas diabólicas,

de retumbantes voces el depósito
apuran aunque salga un despropósito,
caiga sobre su estilo problemático
este apólogo esdrújulo enigmático.»

Creyendo haber logrado mi propósito, concluyo consignando aquí, que los ignorantes entre los cuales figuro yo, pueden ser dignos de aprecio, pero los pedantes por su presuncion, nunca.

ACEBAL.

PERIQUITO ENTRE ELLAS.

I.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez.....
Anda! las diez de la noche
y aun está ese Lucifer
de Periquito en..... Dios sabe,
Dios sabe dónde estará él!
¡Si me ha de matar este hijo,
si no le puedo traer
á mandamiento, si rabia
por las muchachas, si es
de la misma piel del diablo!.
Pero ahí le tenemos. ¿Quién?
—Abra usted, madre.
—Que te abra?

En canal debiera ser.
¡Que horitas de recogerse!
Hijo, te portas muy bien.
Como hay Dios, te ha aprovechado
el sermoncito de ayer!
Ah ¡si viera estos desórdenes
tu padre que en gloria esté!..
—Mi padre cuando era jóven....
seria jóven tambien.
—Calla, condenado, calla,
y no me hagas mas perder
la paciencia. Cuarenta años
casada estuve con él
y nunca se recogió
despues del anochecer.
A la oracion, á casita,
á cenar poco despues,
tras de la cena, el rosario,
y á la camita á las diez.
—Pues es claro, los casados
tienen en casa su aquél,
y uno tiene que buscárselas
donde Dios le da á entender.
—Hijo, eres incorregible!
¿Habrás estado tambien
esta noche de cortejo,
no es verdad?
—Pues ya se ve
que he estado.

—Por las muchachas
en presidio te has de ver.
—Si hay muchachas en presidio,
bien haya el presidio, amen.
—Hijo, sienta esa cabeza.
—Madre, no se canse ustéd;
contra veneno triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas vino,
para el hombre, la mujer.

II.

—Dónde has estado esta noche?
—Esta noche? Diré á usted:
primero, á ver á la Pepa,
luego, á ver á la Isabel,
despues, á ver á la Antonia,
despues, á ver á la Ines,
despues, á ver...
—Al demontre
que cargue contigo amen.
Dios me perdone que sois
capaces de hacer perder
la paciencia á un santo.
—Madre,
para contentarla á usté,
traigo aqui un moscatelillo
que está diciendo: bebed.

—Anda, zalamero, anda,
que al cabo siempre has de hacer
tu gusto. Cenemos, hijo.
—Pruebe usted el moscatel
para hacer boca.
—Clan, clan...
—Que tal?
—¡Un almíbar es!
—Calla! Tenemos sardinas?
Aquí del cantar aquel:
para las sardinas vino...
Ande usted, madre, ande usted,
otro trago.
—Clan, clan, clan...
Es dulce como la miel!
—Muchas noches le traeria,
pero si no puede ser
venir á casa temprano
yendo tan lejos por él.
—Si no vienes á las nueve,
anda, vendrás á las diez...
De las cosas regulares
yo nunca me apartaré.
—Si siempre está usted gruñendo.
—Gruño porque no está bien
que un jóven como Dios manda
toda la noche se esté
por ahí haciendo carocas
y mimos Dios sabe á quién!

—Á unas chicas mas saladas
que estas sardinas... La Ines
tiene unos ojos... ¡qué ojos!
la Isabel un pié... ¡qué pié!
la Antonia un pelo... ¡qué pelo!
la Pepa un aquel... ¡qué aquel!
—Calla, condenado, calla!
—Madre, no se canse usted,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.

III.

—Mal año para tus coplas
y tus muchachas tambien!
Se me vá á volver veneno
lo que acabo de beber!
—Contra veneno, triaca,
y si no la hay, moscatel.
Arriba, madre.
—Clan, clan,
clan, clan... Este Lucifer
de chico me va á achispar...
¡Bendito sea Noé!
¡Cómo me engatusa este hijo
con sus dedadas de miel!
Vaya, si es lo mas gitano
que ha nacido de mujer!
Ya se ve, así las muchachas

se prevarican por él.
—Ca! por mí prevaricarse
las muchachas? Yo soy quien
me prevarico por ellas,
y aun así no puedo hacer
que me quieran.
—Es posible?
Qué escucho, Dios de Israel!
Con que no te quieren?
—Cá!
—Las tontas, las..... Mire usted
las mocosas, las.... Sin duda
buscarán algun marqués.
Con un canto en los hocicos
se dieran porque una vez
las miraras tú á la cara....
—Pues las he mirado cien
y no se dan.
—Vanidosas,
que no tienen sobre qué
caerse muertas, ni valen
dos cuartos ni hartas se ven....
—Pero que está usté ahi hablando
si no las conoce usté?
—En dónde encontrarán ellas
otro mas hombre de bien,
ni mas guapo, ni mas hábil
que mi chico aunque me esté
mal el decirlo? Envíalas

todas noramala.
—Eso es,
y luego andaré por ahí
hecho un tonto; sin saber
con quien juntarme.
—¿No tienes
amigos?
—Pues ya se vé
que los tengo; pero.... madre,
pan con pan no sabe bien.
Entre faldas he nacido
y entre faldas moriré,
con que así no hay que cansarse...
—Ah maldito de cocer,
tú me has de quitar la vida...
—Madre, no se canse usted,
para las sardinas, vino,
para el hombre la mujer.

IV.

—Madre, otro trago.
—¡Tu estás
empecatado! ¿No ves
que he bebido cinco ya?
—Con uno mas serán seis.
Sobre chispa mas ó menos...
—Pues venga, no creas es
desprecio. Clan, clan, clan, clan....

¡Como se deja beber
el picaro ¡Y que se sube!
á la cabeza!
—Ande usted,
que estando la cama cerca
la chispa no es de temer.
—¡Calla! ¿Ha parido la gata?
—¿La gata?
—Si. ¿Para qué
has encendido otra vela?
—(Ya hizo efecto el moscatel).
Toma, para que usted vaya
á acostarse.
—Pues me iré.
Con que.... buenas noches hijo.
—Madre, que ustéd duerma bien.
¿Que es eso?
—Es... que he tropezado
con... esta infame pared.
—Pues señor, viva la Pepa
y vivan tambien la Ines
y la Joaquina y la Antonia
y la Petra y la Isabel,
y la.... todas las muchachas
por siempre jamás amen;
para que yendo esas chicas
al baile de Lavapies
esta noche, Periquillo
no fuera al baile tambien!

Ya está roncando la abuela,
y aunque le arranquen la piel
se está durmiendo la *turca*
hasta mañana á las diez.
Con que busquemos la llave
y echaremos á correr,
que me voy á divertir
esta noche á tutiplen.
Me muero por las muchachas
y.... ¡que diablo! es menester
ser uno de pedernal
para no quererlas bien;
porque las muchachas tienen,
mucha sal y mucho aquel,
y por mas que me prediquen,
yo á la copla me atendré:
Contra veneno, triaca,
agua fresca cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.

ANTONIO DE TRUEBA.

Aconsejamos á las mujeres, que fundándose en la escasez que hay de hombres, eleven una fervorosa peticion al Papa para que autorice la *poligamia* ó la *bigamia* al menos,

porque sino se casarán algunas
y se quedarán muchas en ayunas.

UNA GALLINA Y UN POLLO.

ODA ESTRAMBOTICA.

En un brillante baile cierto *pollo*
que por ser muy escaso de meollo
mil veces se enamora cada dia,
sintió que en fuego insólito
cual un volcan su corazon ardia.

Era de esto la causa una *gallina*
tan bella como pícara y ladina,
que lanzado le habia una mirada
seductora y magnética
de una dulce sonrisa acompañada.

Resistir no pudiendo á su atractivo,
solo el pollo esperaba algun motivo
para echarla el *quien vive*, cuando oyó
preludiar á la música,
y entonces ya dichoso se creyó.

Alegre acá y allá tiende la vista
con ánimos de hacer una conquista,
ve ya por fin la estrella que buscaba
y á su lado cual pájaro
voló el bobo limpiándose la baba.

Habláronse; y al baile despues de esto

gallina y pollo se lanzaron presto.
Luego que el baile concluido fué,
el pollo por política
únicamente, la brindó al Café.

Aceptó la gallina sin tardanza,
y al mentecato le costó la chanza
suspiros abundantes y sudores,
por falta de metálico
para hacerla á su gusto los honores.

No se arredró el buen pollo, sin embargo
de verse en compromiso tan amargo;
pidió con arrogancia cuanto habia,
y en animada plática,
comieron y sorbieron á porfia.

Despues de verse satisfechos, hartos,
llegó el instante de pagar los cuartos.
Allí fué Troya, y en estilo liso
el amo al pollo estúpido
cantóle en voz sonora lo que quiso.

Sabiendo la gallina mas que Lepe,
y amagos observando de *julepe*,
llevántase y despídese del pollo
que no teniendo crédito
no acertaba á salir de aquel embrollo.

Tomó el amo actitud amenazante
resuelto á castigarle por farsante;
y el *po*-breci-*llo* resolvió de prisa
(lagrimeando de lástima)
los gemelos dejar de la camisa.

Su ruina viendo entonces, y su afrenta,
maldice á la gallina... y se lamenta;
mientras ella se afana y se fatiga
buscando otro gaznápiro
que llene totalmente su barriga.

D. ACEBAL.

EL ÁGUILA.

Bellas son del pavon las ricas galas,
Dulce del ruiseñor el triste acento;
Pero yo envidio; ¡oh águila! las alas
Con que puedes alzarte al firmamento.

¿De dónde vienes, reina del espacio?
¿Qué cuentas con tu áspero graznido
Al recogerte al rústico palacio
Del gigante peñasco, que es tu nido?

¿Te despides del sol que en occidente
Vá á desaparecer? Tambien camina

Por el espacio en carro refulgente,
Mas su marcha trazó mano divina.

Mientras que del ardiente al yerto polo,
Libre recorres con potente brio,
Obedeciendo á tu capricho solo,
El piélago desierto del vacío.

Dí, reina del espacio, cuando pliegas
Las fatigadas alas un momento
¿Qué meditas en tanto que sosiegas
En la cima de un viejo monumento?

En el primer altar de roca viva
En la cima de un monte habrás dormido,
Donde inmoló cruel la hacha votiva
Víctimas sin mancilla á un Dios temido.

Y en el primer sepulcro habrás posado,
Primer altar del alma enamorada,
Do fué al dolor el cielo revelado
Y ante su obra la muerte fué negada.

Al miedo y la esperanza otros altares
Hoy en nuestras ciudades se levantan;
¿Te has posado en sus torres seculares
Que una tormenta en sus campanas cantan?

Cuando el volcan con su quemante lava

El campo inunda y oscurece el cielo,
Con humo sofocante, elevas brava
Sobre las nubes tu potente vuelo.

Y en las abiertas alas sostenida
Al misterio infernal asistes muda,
Y retas á la muerte alli escondida
Con un gemido de tu lengua ruda.

Tú subes á la cima de los montes
Dó no llega la vista del viajero,
Recorres ignorados horizontes,
Duermes quizá en incógnito hemisfero.

Y cuando sobre el mundo la tormenta
Se cierne amenazante retronando,
Cual maldicion del cielo, y amedrenta
De hombres y fieras el revuelto bando,

Tú te elevas audaz sobre las nubes
Despreciando el furor de las centellas
Que recorren sus senos, y te subes
A sorprender al sol que ocultan ellas.

¡Oh! guárdese el pavon sus ricas galas,
Guárdese el ruiseñor su triste acento;
Yo solo envidio ¡oh águila! las alas
Con que puedes alzarte al firmamento.

CÁRLOS RUBIO.

EL JA-JA-JI-JI.

Dice una vieja soltera
que en casarse no pensó,
y que con gusto quedó
para hacer santos de cera,
y al instante esclamo yo:
¡ja! ¡ja!
¿por qué tanto mentirá,
¡ji! ¡ji!
cuando no es creible asi?

—

Cuando dice una *jamona*
que solo en los veinte frisa,
creyendo que su sonrisa
su falsa palabra abona,
esclamo muerto de risa:
¡ja! ¡ja!
¿por qué tanto mentirá,
¡ji! ¡ji!
cuando no es creible asi?

—

Asegura algun farsante
como si una verdad fuera,
que no hay niña que no quiera
poderle llamar su amante,

y yo digo á la carrera:
¡ja! ¡já!
¿por qué tanto mentirá,
¡ji! ¡ji!
cuando no es creible asi?

—

Cuando alguno osa afirmar
que el *turron* es indigesto,
ó que de él se cansa presto
por ser duro de mascar,
prorumpo con raro gesto:
¡ja! ¡ja!
¿por qué tanto mentirá,
¡ji! ¡ji!
cuando no es creible asi?

—

Como el hablar poco cuesta,
no falta jamás un hombre
que jure por su buen nombre
que á las mujeres detesta;
y yo digo aunque le asombre:
¡ja! ¡ja!
¿por qué tanto mentirá,
¡ji! ¡ji!
cuando no es creible así?

—

Cierto Indiano me decia
que ni seis fuertes *gallegos*
podrian con los talegos
de oro y plata que tenia,
y esclamé con bizarría:
¡ja! ¡ja!
¿Cuándo un Indiano dirá
¡ji! ¡ji!
no tengo un maravedí?

ACEBAL.

EL CESANTE.

DEDICADA A MI AMIGO D. DAVID ACEBAL.

¿Vés aquel que vá á la plaza
dias de labor y fiesta,
llevando al brazo una cesta,
y que con mucha cachaza
se aproxima á oler la caza
que nunca cree distante?
pues es un pobre *cesante*.

—

¿Vés aquel que vá corriendo
perseguido de acreedores,
cual ciervo que cazadores

listos le ván persiguiendo,
y veloz despareciendo
cuando ván á echarle el guante?
pues es un pobre *cesante*.

—

¿Vés aquel que vá en berlina
con postura descuidada,
llevándo la mano armada
de una enorme *tagarnina*,
y que al saludar se inclina
con orgullo hácia adelante?
pues es un señor *cesante*.

—

¿Vés aquel que en el *Suizo*
se pasa las horas muertas
en el cristal de las puertas
componiéndose algun rizo,
y que no le dá un carrizo
que de él se ria un tunante?
pues es un señor *cesante*.

—

¿Vés aquel que baja aprisa
de una escondida boardilla
seguido de una cuadrilla
de chiquillos en camisa,
y con sarcástica risa

esclama: el diablo os aguante?
pues es un pobre *cesante.*

—

¿Vés aquel que distraido
cruza calles y plazuelas
consumiendo toscas suelas
buscando su bien perdido,
y que ya no tiene nido
como pájaro ambulante?
pues es un pobre *cesante.*

—

¿Vés aquel que baja al Prado
á *pedibus* y de prisa
con estirada camisa
y con chaleco estirado,
llevándo el lente calzado
en un ojo á lo pedante?
pues es un pobre *cesante.*

—

No ves en la bulliciosa
Puerta del Sol, cual se agitan
millares de hombres que irritan
pidiendo esta y la otra cosa,
y en confusion espantosa
junto á tí pasan zumbantes?
pues la mitad son *cesantes.*

J. GUALBERTO G. VALLARINO.

CHARADAS.

1.ª

Son la primera y tercera
antiquísimo vehículo,
que ahora á la Europa entera
parece ya muy ridículo.
Apuesto cuatro alfileres
que en un tocador cualquiera
de pollos ó de mujeres
hay la segunda y tercera.
Y el todo, de muy buen grado
es regalo que yo hiciera
al *pollo* mas estirado
que hoy en el Prado se viera.

2.ª

Cocido sin la primera,
se lo endoso al que lo quiera.
Música sin la segunda,
es completa baraunda.
El todo se ha pronunciado
contra mí, y acoquinado
me tiene, pues los *ingleses*
no quieren aguardar meses.

NOTA. En la última página se hallará la solucion de estas charadas, por si hubiese algun tonto que no las adivinase.

EPIGRAMAS.

1.°

Seis colegiales reunidos
de los de beca y manteo,
hallaron en un paseo
á dos pacientes maridos.
De estos el que hacia punta,
dijo al colegial rector:
guarde á la recua el Señor;
y él contestó: y á la yunta.

2.°

Dijo Pastrana á Melchor
(como quien no dice cosa):
he dibujado una rosa
tan propia que exhala olor.
Oyendo luego el rumor
de una música lejana,
dijo Melchor á Pastrana:
¿sabes que música es esta?
el boceto de una orquesta
que he pintado esta mañana.

H. MUNARRIZ.

EL OTOÑO EN MADRID.

Esta es la mejor estacion de Madrid.

Vienen los forasteros, los bañistas y con ellos los melocotones.

Época de animacion, ella nos conduce con demasiada frecuencia á presenciar el vínculo matrimonial del amigo, del hermano y algunas veces el nuestro.

La feria, para los que pasean y gustan de los melocotones, está en la calle de Alcalá.

Allá vamos á echar nuestro cuarto á espadas.

Me encuentro un amigo. Hace tiempo que no le veia; mi corazon arde en fuego de santa amistad; le aprieto la mano, y—¡oh dolor!—se le cae un pañuelo donde lleva algunos *finos de Aragon* que ruedan por el suelo en vistosa perspectiva.

—Perdona, chico; no habia reparado...

—No hay de qué,—me contesta recogiendo los prófugos.

—¿A quién vas á obsequiar con esos melocotones?

—A mi futura.

—¿Te casas, Mariano?

—Me caso, Luis.

—¡Fatalidad!

—¿Por qué?

—¡Y yo que buscaba la pureza de la amistad, me

encuentro de manos á boca, ó de manos al suelo, con los melocotones de la novia envueltos en un pañuelo blanco, color de la inocencia!

—¿Pero qué tiene que ver?

—Nada. A Dios. Un hombre que se casa es la epidemia viva, el Judio Errante domesticado, la última forma viviente de la tonteria humana.

—¡Qué vulgaridad!

Mi amigo Mariano sigue en sus trece.

Se casa.

Mañana rogarán las almas puras por un alma estraviada. Amen.

Las puertas de la vida se cierran eternamente para aquel que nos dice desde el umbral de la tumba: ¡A Dios señores!

—Por muchos años,—contestamos los que por acá permanecemos, vistiendo luto.

Pero al hombre que se casa, ni una madre le llora, ni una hermana le recuerda, ni un amigo le canta, ni un *inglés* le perdona.

Casarse... ¿es morir?—No... es mucho peor. La nada se concibe por el reposo; la vida por el movimiento, el amor por la mujer; ¿pero me hacen VV. el favor de decirme, en qué se conoce el himeneo?

La vida pasa; el amor se acaba; la juventud concluye; el dinero se gasta; la hermosura fastidia antes de envejecer; ¿qué diablos queda, pues, del santo matrimonio?

¡Ah! Sí. Queda lo que todos comprendemos, y

lo que no quiero decir. ¡Viva la franqueza!

¡El Otoño! Mi amigo Mariano tiene razon; esta es la época del año mas lánguidamente triste. ¡Cuántos se casan ahora!

Las hojas empiezan á caer al soplo melancólico de los primeros vientos invernales.

Naturaleza viste su traje descolorido de miseria, y solo quedan sobre la rica variedad de los campos alfombrados algunos rollos esparcidos de hojas amarillas, que huella indeferente la planta del viajero.

El despojo de los árboles acreció la calentura amorosa de Werter. Goeth arrancó las ilusiones del corazon de su héroe, y desnudó una vida de su opulento follaje para presentarla con menos violencia á la boca de una pistola.

Y si,—en prueba de lo que decíamos antes—Carlota, la buena é inofensiva amante de Werter, hubiera quedado viuda, ¿qué haría de su heroismo desgarrador, de un amor melancólicamente contagioso, el jóven exaltado?

Difícil fuera que Goeht con todo su talento, diera interés á un buen padre de familia, que pasára los dias enseñando á leer el *mañana bajará chafallada* á sus caros vástagos.

Figuraos un hombre de bata, con gorro de dormir, que acaba de levantarse tomando en las rodillas la leccion del rapaz, mientras la fámula le prepara el desayuno.

Werter con gorro de dormir, por grande que

fuera su amor, no cometeria la necedad de suicidarse.

Nos reiríamos del héroe con toda la conmiseracion posible.

Hoy, cuando los primeros frios nos hacen pensar en el raglan, en la capa andaluza y en el económico gaban pegado al cuerpo, empiezan á verse concurridos los cafés, con los nuevos parroquianos que envia desde los rincones de las provincias la tempestad de la ambicion.

Todos vienen á sus negocios.

¡Desgraciados de aquellos que,—como yo,—ni tienen negocios ni vacaciones en todo el año!

El calor y el frio, la primavera y los melocotones, todo pasa ante la pluma del folletinista, con la misma glacial indiferencia que pasan las fantasmas de los periódicos recogidos ante la mirada del escelentisimo señor gobernardor de la provincia.

En vano pedimos inspiraciones á los que se casan: en vano pedimos aventuras á los que vienen de los baños; en vano buscamos sucesos que referir: todo ello no vale la pena.

Porque todo el mundo es feliz, y la felicidad no tiene historia, como dijo Chateaubriand.

¡Dichoso pueblo español!

¡reid, gozad, bailad!

La vida es un sueño
y el mundo un festin.

Y el que venga detrás que arrée.

Madrid es un inmenso salon de baile, donde en infernal amalgama se empujan los infinitos hijos de la fortuna, que una noche de niebla arrojó al suelo.

Si venís á él con el corazon rebosando pureza, si traeis la sonrisa de la inocencia en los labios, si abrís vuestra alma al soplo envenenado que cruza por estas calles en busca de víctimas, ¡ay! volved atrás, jóvenes que no habeis refrescado todavia vuestras sienes en las aguas cenagosas del escepticismo!

La vida no tiene mas encanto que el que le dán los mágicos sueños de nuestra fantasia, las celestes creencias de las almas puras; pues bien, la flor de vuestras cándidas inspiraciones se verá muy pronto arrastrada por la corriente impetuosa de los goces frenéticos de Madrid; y la que ayer ostentaba los puros colores al resplandor del dia, mecida voluptuosamente sobre el tallo, por las auras de la tarde, hoy rodará en medio de la corriente, y mañana quizá esa corriente misma la arrojará á la orilla sin belleza y sin perfume.

No caen solo las hojas de las árboles; con ellas van nuestras alegrias; y á cada rotacion de la tierra, cuando á impulsos del sol vuelven los árboles á vestirse y á adornar la selva, nuestro corazon solo permanece desnudo en medio de la universal ventura.

¡Cuántas hojas caidas del árbol de nuestra vida, que no renacen ya, nos recuerda esa brisa que ar-

rastra suavemente la hojarasca de la llanura descolorida!

Espronceda lo dijo, y las ilusiones se van para siempre.

LUIS RIVERA.

Lamentábase una señorita aldeana de no poder llamar la atencion de la Corte, y preguntando cómo lo conseguiria, la dijo un amigo:

Ya que tanto te precisa
llamar la atencion aquí,
sal á la calle en camisa
y lo lograrás así
solo por mover á risa.

Decia uno:

Que un francés llame al pan *pen*
y al vino le llame *ven*,
está bien;
pero que llame al sombrero
chapó, (1)
es cosa que no tolero,
no, no.

(1) Ha perdido el tal sugeto muy buenos cuartos al juego de billar conocido con el nombre de *chapó*, y no es estraño que se atufe, cuando algun francés le recuerda inadvertidamente dicho juego.

EL MUNDO REAL.

cancion dedidada á mi distinguido amigo

D. ANTONINO GUTIERREZ SOLANA.

Tan casual es encontrar
en la tierra un fiel amigo,
como en el fondo del mar
un grano solo de trigo.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre, vuela.

—

La esperiencia me hace ver
que este mundo es un mercado,
do el amor de la mujer
se vende como el ganado.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre, vuela.

—

Las virtudes y el talento
mueren de hambre en un rincon;
y medran que es un portento

la intriga y la adulacion.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre, vuela.

—

Junto al pobre, regoldando
pasa el rico, que riendo
le mira estar bostezando
y de gazuza muriendo.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre, vuela.

—

Dicen que en posta este siglo
nos trajo la ilustracion;
mas veo que es un vestiglo
que vomita corrupcion.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre, vuela.

—

Son los hombres una grey
de jugadores viciosos;

juegan algunos con ley
pero los mas son tramposos.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre vuela.

—

Es el mundo lago vasto
que de redes lleno está,
donde del pícaro es pasto...
el probo, y lo fue y será.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre vuela.

—

Ojo alerta, listo el ojo,
y en la carrera correr;
no creamos que el que es cojo
ya no nos podrá coger.
Necesario es que vivamos
con cautela,
y sepamos...
que aquel que no corre, vuela.

D. ACEBAL.

Nota. La música de esta cancion, escrita para piano por D. José Gonzalo, se vende á módico precio en la calle de la Milicia Nacional, num. 6.

EL BORRACHO Y EL ECO.

El sin par borracho Anton
cayendo de un tropezon
gritó con todo su aliento
diciendo: ¿quién se cayó?
y en la pared de un convento
el eco contestó:
Yo.
Mientes pícaro, yo fuí;
y si el casco me rompí
le taparé con pelucas.
Lucas.
¿Me conoces tu, tunante?
pues aguárdate un instante
conocerás mi navaja.
Baja.
Bajaré con sumo gusto.
¿Te figuras que me asusto?
Al contrario, mas me exalto.
Alto.
¿Alto yo? ¿piensa el osado
que rico lauro ganado
le dejaré aquí marchito?
Chito.
¡Y se atreve el insolente
mandar callar á un valiente!
¿que calle yo, miserable?
Hable.

No callaré en todo el dia
hasta que tu lengua impia
con un acero taladre.
Ladre.
¿Cual perro ladrar me mandas?
¿Dónde estás, por dónde andas
que de no verte me aburro?
Burro.
Cansado ya de vocear
por fin Anton se durmió,
y el eco tambien cesó
al punto de remedar.

L. PALACIO.

¡ASI ES EL MUNDO!

Llévame y te guiaré,
un cojo decia á un ciego;
y de esto deduzco luego
que si este presta su pié,
no es por el *tú* sino el *ego*.

A.

—Voy á publicar tus cartas, decia un *calabaceado* amante á su amada.

—Haz lo que gustes, replicó esta; de mis cartas solo el sobre me avergüenza.

EL AVARO.

Trabajo me cuesta formalizarme; pero ya que es preciso para escribir sobre el triste tema que se me vino á las mientes, fijaré mi consideracion en las miserias del mundo, que me afectan demasiado, y frunciendo el entrecejo—clara demostracion de seriedad,—me consagraré á tratar del asunto, hasta que se consuma el rico *habano* que, segun costumbre, enciendo al empuñar la péñola; sacrificio mas que regular para mi jovial carácter.

¡Ea! manos á la obra.

El avaro es indisputablemente lo mas execrable de la sociedad, por ser el mayor egoista.

Es un hombre—si así puede llamarse—sin fé religiosa, sin sentimientos humanitarios, sin corazon.

Es un verdugo hasta para sí mismo.

Es un hereje embozado en la asquerosa capa de la hipocresia.

Es el mas encarnizado enemigo de lo mas respetable de la sociedad, que para mí es el pobre.

Es el cinismo personificado.

Es Judas entregando á N. S. Jesucristo por el sórdido interés.

Es un demonio disfrazado, ó por lo menos un energúmeno.

Es, en fin, la solitaria ó mejor el tiburon de la

sociedad humana, porque además de lo dicho, es un usurero insaciable.

Su Dios, su único ídolo es el dinero; solo á este tributa y rinde su homenaje.

Se vé frecuentemente al avaro hincado de rodillas en el Templo como el mejor cristiano, haciendo muchas cruces, dándose fuertes golpes de pecho y moviendo incesantemente los labios. Al ver al avaro así, le juzgan muchos virtuoso. ¡Error! Todo eso lo hace por cubrirse con el mundo; de agradar á Dios se cuida poco. A Dios solo tributa el culto esterno; el interno le reserva al dinero.

Un pobre demanda limosna al avaro, y solo obtiene de él una bárbara respuesta y una mirada impía; y si esto no bastase para ahuyentar á aquel infeliz que desfallece de hambre, entonces emplea las mas crueles amenazas.

Ni una desgraciada y virtuosa madre, ni el triste clamoreo de sus hambrientos hijos, es capaz de conmover al avaro. ¡Tan empedernido es su corazon!

Pero ¿qué estraño es esto cuando ni él come ni viste por amontonar dinero en sus arcas? ¿Qué estraño, pues, cuando ni siquiera vive para sí?

¿No temerán esos villanos avaros al severo tribunal divino? ¿No pensarán alguna vez en el hado inevitable?

Sí piensan, sí; pero creen sobornar con sus tesoros á la muerte, y librarse del golpe atroz de su guadaña. ¡Qué estupidez! No es de estrañar: el ta-

lento y la avaricia no habitan juntos jamás.

Pero ¡ay! no se librarán, no, esos miserables, de las inclementes garras de la muerte, y viéndose ya presa de ellas y punzados de horribles remordimientos, es bien seguro que trocarian su suerte por la de aquellos infelices, cuyas santas peticiones desoyeron con cínico desden, sin pensar en que nuestro Redentor tambien fué pobre.

Entonces, en medio de horribles convulsiones, advierten lo poco que puede el dinero que miraban como á su salvador. Entonces para morir como inicuos que fueron, debieran de llevar en el ataud todos sus caudales, para que ni sus hijos siquiera disfrutasen de ellos.

Recordando en la agonía el júbilo satánico que —cual Neron al ver arder á Roma,—esperimentaron tambien ellos al ver morir de hambre á sus desvalidos hermanos, se arrepienten; sí, se arrepienten de sus iniquidades, pero ¡ay! ya es tarde.

ACEBAL.

—Con este hermoso tiempo, decia uno, todo vá á salir de la tierra.

—No lo consienta Dios, decia otro, por que si así fuese, tambien saldrian las tres mujeres que tengo enterradas.

LETRILLA.

Que una setentona vieja
teniendo tan arrugada
como pasa la pelleja,
espere tierna mirada
de un jóven, y una caroca;
por lo comun no me choca.

—

Que presuma un casquivano
de mas docto que Bacon,
y que por eso esté ufano
aunque con gran profusion
dislates vierta su boca;
no me choca.

—

Que Juana mil agasajos
espere del sexo feo
por ir llena de cintajos
y de alambres al paseo
como si fuera una loca;
no me choca.

—

Que aprender no pueda Bruno
de memoria ni siquiera

de estos cortos versos, uno,
porque tenga una mollera
tan dura como una roca;
no me choca.

—

Que por gastar terciopelo
tenga Lola la simpleza
de creer que en el anzuelo
cae un pez con mas presteza,
cuando tanto se equivoca;
no me choca.

—

Que se halle en la precision
de casarse una coqueta
con un viejo noventon,
jiboso y con pataleta
y de un genio que sofoca;
no me choca.

—

Que un renegado español
pida sus trajes á Francia
cuando en la Puerta del Sol
encuentra con abundancia
cuanto al lujo y moda toca;
no me choca.

Que hora y media al tocador
se pase una casquivana
dando á su tez buen color,
ó que emplee una mañana
en arreglarse una coca.
no me choca.

—

Que por el traje elegante
pretenda valer hoy mas,
un asqueroso pedante
mas guapo que Satanás
pero menos que una foca;
no me choca.

—

Que arreglándose el bigote
los *foques* y el corbatin,
á la caza de un buen dote
vaya al Prado un *figurin*
que allí la risa provoca,
nada tampoco me choca.

—

Mas que un rico, un opulento,
ni una moneda de cobre
jamás dé para el sustento
al mas compasible pobre
que su caridad invoca;
aunque es muy comun, me choca.

D. A.

EPIGRAMAS.

I.

Con un cura algo de mundo
otro chusco en demasía,
apostó á que le decia
misa en menos de un segundo.
Salió en efecto, al altar
el padre con faz sumisa,
se santiguó, dijo «¡*Misa*!»
y se volvió á retirar.

II.

Una liebre puesta en salsa
compró en la fonda Bautista,
y dijo viendo el fondista
la moneda:—¿Será falsa?
—¡Mala centella me quiebre
si no es buena! y el del pebre
volvió á decir: no os asombre;
que muchas veces el hombre
suele dar gato por liebre.

III.

De un porrazo nada flojo
se saltó un ojo Pascual,
y su mujer que vió tal,
—¡Ay! gritó, perdiste el ojo!

Pero él replicóla ufano,
sin llegarse á conmover
por golpe tan inhumano:
—No lo he perdido, mujér,
que aquí lo tengo en la mano.

IV.

Cumplió su empeño un soldado,
y al recoger su licencia,
dijo: «¡Qué diablo! en conciencia
¿qué hago con ser *licenciado*?»
Y continuó: «Mi Mayor,
de licenciarme desisto;
pues pensándolo mejor,
por dos años mas me alisto
para salir á *doctor*.»

V.

Al casarse Juan, que es truan
que á Melilla hizo temer,
le preguntó el capellan:
—¿Quieres á esta moza, Juan,
por esposa y por mujer?
Y el presidario bolonio
contestó sin darle un pito
por perder el matrimonio:
—Lo que es por mujer, la admito,
mas por *esposa* ¡un demonio!

VI.

Riñendo Juan Mier con Gil
Vilda, que miedo no cobra,
—Calla, dijo, zascandil,
que una sílaba te sobra
para que te llames vil.
—Sobre si en valer te igualo,
contestó Vilda, no arguyo;
mas si mi apellido es malo,
la sílaba te regalo
porque la agregues al tuyo.

FAUSTO LOPEZ VILLABRILLE.

Decia un Italiano:

Cuando eran menos cultas las naciones
colgaban de las cruces los ladrones;
y en el siglo que llaman de las luces,
de pechos de ladrones cuelgan cruces.

—Las mujeres no van al Cielo, decia uno.
—Pero hombre, por qué, decia otro.
—Porque Dios sin faltar á la justicia, no puede admitir en el Cielo á aquellas por quienes se condena uno en la tierra.

A JUANA.

Que además de la abundante
faldamenta que tú llevas,
una relinga (1) chocante
tambien á llevar te atrevas
con sogas á *tutiplen*;
está bien.

—

Mas que en sienes y mejillas
con abundancia te plantes
caprichosas sortijillas,
y dés colores brillantes
á tus labios de coral;
está mal.

—

Que entre delgadita y gruesa
parecer esto prefieras,
y obrando como traviesa
te cuelgues de las caderas
de ropa gran almacen;
está bien.

(1) Así se llama el cabo que guarnece las velas de los buques, el cual se emplea en muchas partes para armar los miriñaques; dando esto márgen á que se dé por estension el nombre de *relinga*, al risible ahuecador que tan en boga está.

Mas que tengas por horrible
tu lindo color cetrino,
y con afan reprensible
dés unturas de contino
á tu cara angelical;
está mal.

—

Que desprecies la pasion
del *pollo* mas guapo y tieso
regalándole *á foison* (1)
calabazas de buen peso
aunque maduras no estén;
está bien.

—

Mas que llorando por tí
pase el dia un botarate
que en su loco frenesí
cometa el gran disparate
de dar muerte á su rival;
está mal.

—

Que al Prado sombrero lleves
con que tus calvas te tapes,
tan blancas como las nieves,
y que de ese modo atrapes

(1) Con abundancia. Sigamos la moda de hablar francés.

amante en un santiamen,
está bien.

—

Mas que intentes hacer ver
que eres cándida paloma
cuando el mismo Lucifer
te regalára un diploma
por tu astucia sin igual;
está mal.

—

Que tengas la gran simpleza
de plantar cual en un tiesto
mil flores en tu cabeza,
causando risa con esto
á cuantos pasar te ven;
está bien.

—

Mas que tu relinga engrudes
con rica harina de trigo
dando lugar, no lo dudes,
á que siempre tu enemigo
sea el pobre en general;
está mal.

—

Que lágrimas de amargura

derrames con profusion
notando que tu hermosura
sufre al dia alteracion
que tú no ves con desden;
está bien.

—

Mas que por esta letrilla
que te levanta una ampolla
y colora tu mejilla,
verme quieras en la argolla
ó frito en una sarten;
esto es lo que no está bien.

D. A.

CURIOSIDADES.

Á instancias de algunos amigos, me he tomado con gusto el trabajo de apuntar las voces francesas, que siendo exactamente iguales á las españolas, en la escritura, tienen sin embargo, significacion distinta; como se ve en la siguiente lista.

Se escriben en español y francés.	Significa en francés,
Sobre	sóbrio.
Cadenas	candado
Peine	pena, trabajo.
Dos	espaldas.

Las	cansado.
Col	cuello, corbatin.
Sol	suelo.
Nombre	número.
Subir	sufrir.
Par	por.
Halle	plaza, mercado.
Son	salvado, su.
Azote	azoe.
Fiel	hiel.
Placer	colocar.
Place	plaza, sitio, puesto.
Leve	levanta.
Sabré	acuchillado.
Sale	sucio.
Plan	llano, plano.
Su	sabido.
Principe	principio.
Verso	á la vuelta.
Lance	lanza.
Dé	dedal.
Temple	templo.
Tache	mancha.
Envie	envidia, gana.
Sable	arena.
Sien	suyo.
Violon	violin.
Artifice	artificio
Salir	ensuciar.

Pan	pañal.
Tan	casca, corteza de roble.
Y	alli, allá, en.
Sur	sobre.
Os	hueso.
Sillon	surco.
Amas	monton.
Damas	Damasco.
Dame	Señora.
Ame	alma.
Anoche	armuella.

ACEBAL.

ALTO AQUI!!

Zancajos de avestruz todos lucimos
con el angosto pantalon que usamos,
y luego sin piedad de *ellas* reimos
y de *ellas* dura crítica estrañamos!
¿Por qué *cocas*, *chorizos* y *patillas*
causa son hoy de risas y chufletas?
¿No vemos estrambóticas perillas,
bigotes-lesnas, *cazos* y *chuletas*?
Cesando ya de ser torpes é injustos,
confesemos aquí que locos somos,
pues tambien sobre nuestros raros gustos
escribirse podrian latos tomos.

A.

REFRANES.

Un pobre carpintero
que clavaba el tablado de un teatro,
dejó caer un clavo á un agujero
y por sacar aquel echó hasta cuatro:
sin clavos se quedó; mas yo le alabo;
«*Un clavo*, oyó decir, *saca otro clavo*,»
y se quedó mirando al agujero
sin poder trabajar el carpintero.

—

Por alcanzar empleo Juan se afana
y lo consigue al cabo por su hermana;
siempre hallarás quien tu fortuna labre:
si una puerta se cierra, otra se abre.

—

Por acallar al niño que lloraba,
al niño el pecho la mamá le daba;
pero con tanto afan chupaba el pecho,
que al esfuerzo quizás ensució el lecho.
—*¡Oh! casa con dos puertas siempre ha sido*
muy mala de guardar—dijo el marido.

LUIS RIVERA.

¡FATALIDAD!

Dias hace, en la tertulia
donde yo mato mi esplin,
plugo al sino que una Julia
lográra hacerme *tilin* (1).
Y aunque peque de ligero,
con mi... brocha, no pincel,
hacer su retrato quiero
pálido sí, pero fiel.
Héle ahí.
Cuatro lustros representa
mas no los cuenta;
y aunque de arrogante talla
aquí no se halla
quien lucir pueda en la calle
tan lindo talle.
Su continente es severo,
aunque no fiero,
mas su mirada electriza
ó martiriza
al corazon, os lo juro,
mas fuerte y duro.
Su tez parece alabastro,
y cual un astro
son sus ojos rutilantes;
y por diamantes

(1) Dicen que así hace el amor cuando llama á las puertas del corazon.

pasáran sus escelentes
nítidos dientes.
Adórnala arqueada ceja,
enana oreja,
pestaña larga agraciada
por lo poblada,
fina nariz, noble frente,
y sonriente
mejilla; pero mas choca
su breve boca
cuyos purpurinos labios
jamás agravios
de ningun género infieren;
callar prefieren.
Dorada es su cabellera,
y cual de cera
parece su tersa mano.
En el piano
con primor toca el *Pirata*
y la *Traviata*.
Descuella tambien la Julia
en la tertulia
por su envidiable talento,
dando tormento
de ese modo á sus amigas,
que solo intrigas
de amor á forjar alcanzan,
cuando se lanzan
rabiosas á conquistar.

Julia al penar
pone término si canta,
pues su garganta
hace en la voz maravillas.
Aunque sencillas
son corteses sus maneras,
y zalameras
sus palabras. A bailar,
sin vacilar
á la altura la coloco
de la tan célebre Fuoco.

¿Quién á tantos atractivos
resistir puede impasible?
¿quién no pierde los estribos?
¿quién no se muestra sensible?
Yo la amo con frenesí
y mi pasion se acrecienta,
á pesar.... ¡triste de mí!
de que mi mente atormenta
el pensar
con razon
sin cesar...
¡maldicion!
que me aleja de esa Diosa
su riqueza fabulosa.

D. A.

CIENCIA DE LOS PISAVERDES.

—A los pies de V., Señora.

—Beso á V. su mano, Caballero.

—¿Está V. buena?

—Buena, gracias, ¿y V.?

—Siempre bueno para cumplir sus órdenes.

—Mil gracias, amable Caballero.

—No creo merecerlas, Señora.

—Es V. muy cumplido.

—Todo se lo merece una Señora como V.

—Vaya, fuera cumplimientos. ¿Qué se dice de política?

—No me ocupo jamás de ella, y por tanto no puedo satisfacer la curiosidad de V., lo cual siento infinito.

—Entonces hable V. de cualquiera otra cosa.

—Tan ocupado estoy en mis estudios, que nada puedo contar á V.

—Pues entonces hablaremos un rato sobre cierto punto que anoche discutieron aquí dos caballeros.

—Sepamos sobre qué.

—Sobre la mayor ó menor conveniencia de que resida aquí la Corte; y yo creo que tenia razon el que sostenia que convenia mejor en Barcelona.

—¡Oh! no Señora. Madrid por su situacion *tipográfica*, es el punto mas á propósito para residencia del Monarca.

—Pues vea V. la situacion topográfica de Paris.

—Cabalmente se halla en el *centro* del Imperio, lo mismo que Madrid.

—¡Válgame santa Segismunda! esclamó la Señora, gravemente herida del trabucazo.

—¿Qué tiene V., Señora? ¿Se siente V. mala?

—No, no es nada,—contestó secamente;—pero suspendamos nuestra conversacion, porque de proseguirla me espondria mucho.

El caballerito—cuya ocupacion y ciencia, consistia en ceñirse el corsé y acicalarse la melena,—conoció que estaba allí demás,—cosa que no todos conocen,—y tomó las de Villadiego como el perro de la aldea.

Decia una señorita, que de buena gana suprimiria las guerras si en su mano estuviese el remedio. Creible es, pues nadie ignora, que cuantos mas hombres perezcan, menos son las esperanzas que *ellas* pueden abrigar de casarse.

Deseamos que lleve el sexo bello,
cayendo por el cuello,
en lugar de las *cocas* con *chorizos*,
el pelo suelto en rizos.

RECETA.

Si alguno cual muchos hay,
muriéndose de hambre está,
tragar pronto deberá
cien píldoras de Hollovay,
y así el hambre apagará.

En el mundo ni un hombre solo existe,
que alguna vez al dia no esté triste.

Escúchame buen Gaspar,
si ya no puede *alumbrar*,
el que por sí se interesa,
á mi no me ha de admirar
el naufragio de tu empresa.

Mira, Pepe querido,
estoy bien convencido,
de que nunca habrá paz, y no te asombres,
viviendo las mujeres y los hombres.

SOLUCION DE LAS CHARADAS.

1.ª	2.ª
Catarro.	Saldo.

INDICE.

		PAG.
Inconvenientes de Madrid, por *Acebal*.		5
Epígramas.	*id.*	15
Al lector, ó el calavera Alifaz.	*id.*	23
Sonetos.	*id.*	32
El siglo de las lámparas.	*id.*	37
A muchos pollos.	*id.*	44
Lo que sobra y apesta.	*id.*	51
Una gallina y un pollo.	*id.*	63
El ja, ja,—ji, ji.	*id.*	68
Charadas.	*id.*	73
El Mundo real.	*id.*	81
El Avaro.	*id.*	86
Letrilla.	*id.*	89
A Juana.	*id.*	95
Curiosidades.	*id.*	98
¡Fatalidad!	*id.*	102
A C..., por *Villabrille*.		12
Epígramas.	*id.*	92
Mis Botas, por *Rivera*.		18
Amor constitucional, *id.*		46
El otoño en Madrid, *id.*		75
Refranes.	*id.*	101
El Labrador, por *Castelar*.		28
Flores y niñas, por *Eguílaz*.		34

El cerrillo de San Blas, por *Villanueva*. . . . 39
La humanidad, por *Albuerne*. 49
Periquito entre ellas, por *Trueba*. 54
El águila, por *Rubio*. 65
El Cesante, por *Vallarino*. 70
Epígramas, por *Munarriz*. 74
El Borracho y el Eco, por *Palacio*. . . . 84

ERRATAS.

PÁG.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
34. . .	18 . .	Encida. . . .	Eneida.
37. . .	3 . .	Acreostáticos. .	Aereostáticos.
39. . .	14 . .	Siempre sobre.	Siempre sobra.
72. . .	14 . .	Calzado. . . .	Calado.

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD